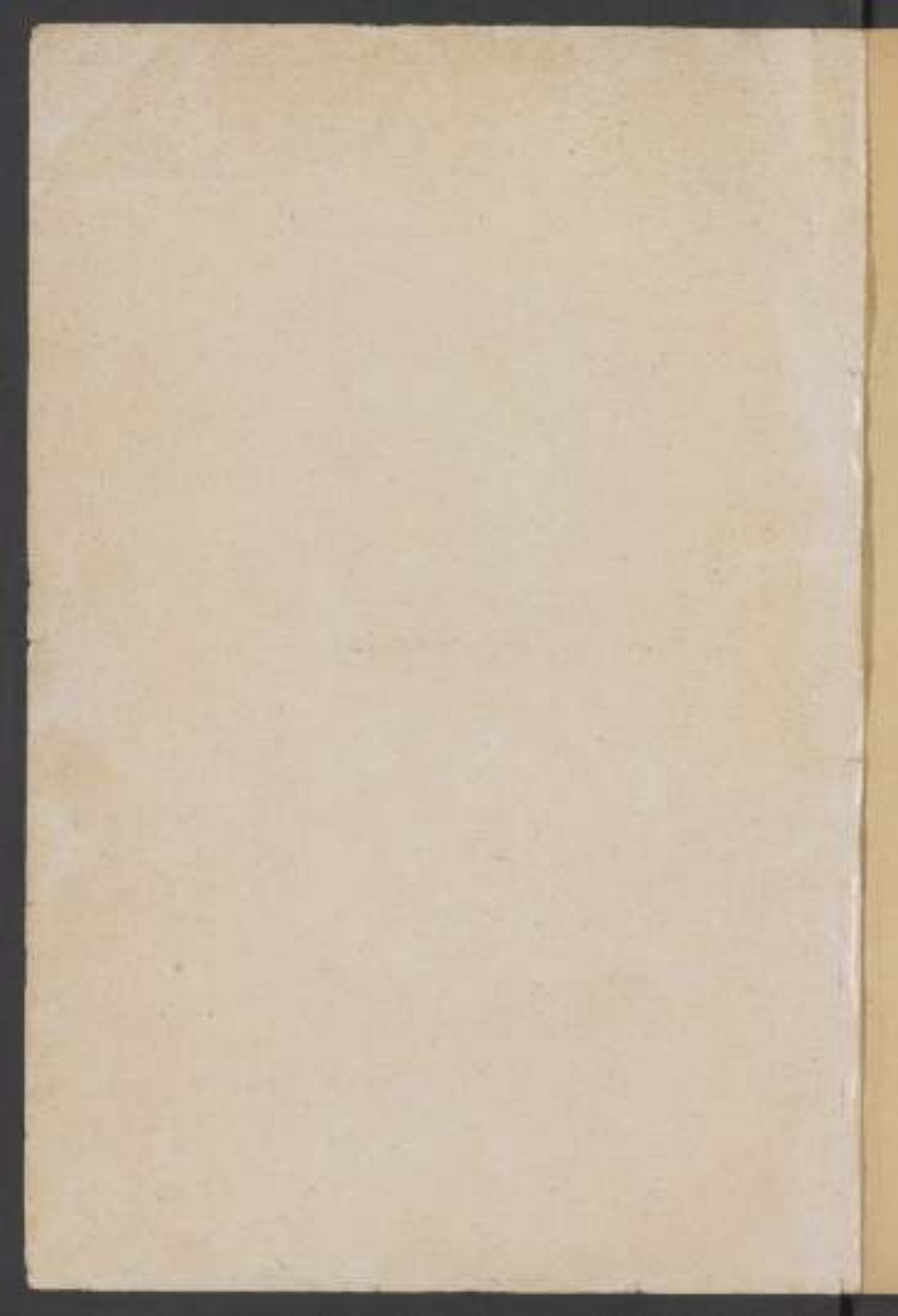


# LOS PECADOS DE LOS PADRES



E. JANNINGS

EDICIONES  
BIBLIOTECA FILMS



LOS PECADOS DE LOS PADRES  
*(Sins of the fathers)*

REVISADO POR  
LA CENSURA

1 9 3 0

IMPRESA COMERCIAL - Calle Valencia, 234 - BARCELONA

---

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
VALENCIA, 934 - BARCELONA - APARTADO CORREOS 707

---

---

*LOS PECADOS  
DE LOS PADRES*

Adaptación en forma de novela de la película  
del mismo título, interpretada magistralmente  
por el célebre y genial actor de la pantalla

*EMIL JANNINGS*

---

---

VERSIÓN LITERARIA DE  
MANUEL NIETO GALÁN

PRINCIPALES INTERPRETES

Guillermo Spengler	EMIL JANNINGS
Greta	RUTH CHATTERTON
Sra. Spengler	ZASU PITTS
Tom Spengler	BARRY NORTON
María Spengler	Jean Arthur
Otto Schmidt	Jack Luden

PRODUCCIÓN DE LA INVICTA MARCA  
**PARAMOUNT FILMS**



*Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA*

# LOS PECADOS DE LOS PADRES

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

## EL CAMARERO SPENGLER

La aristocrática Quinta Avenida neoyorquina abría el abanico de sus rascacielos, poniendo en cada uno de ellos la nota brillante de su luminaria. Los grandes establecimientos, como ascuas encendidas, pugnaban en sobresalir en brillantez a sus competidores y el ruido de vehículos que cruzaban la espaciosa vía hacía imposible el permanecer parado en ella, más del tiempo necesario. Los grandes hoteles iban llenándose poco a poco y todo era bullicio y agitación.

En uno de los más suntuosos edificios enclavados en esta calle, tan célebre en el mundo entero, se hallaba el hotel London-París, uno de los más aristocráticos de Nueva York, cuya clientela era, como es natural, de lo más selecto de la ciudad. La suntuosidad de su parte exterior hacía "pendant" con el lujo asiático de su interior, verdadero alarde de riqueza y de buen gusto, donde los afortunados por la diosa fortuna podían disfrutar de todas las



comodidades y satisfacciones que puede producir la riqueza. Pero junto a ellos, como seres sin voluntad y anónimos se deslizaban también por aquellas mullidas alfombras, otras personas para quienes el hotel no era otra cosa que una cárcel odiosa en el que prestaban sus servicios, teniendo que sufrir en más de una ocasión, las molestias y frases despectivas de quienes servían.

A la hora que empieza nuestra narración en el hotel London-Paris todo era movimiento y actividad. Los camareros corrían de un lado para otro, atendiendo las órdenes de los comensales, y se esforzaban por complacer todas las peticiones que se les hacían a un mismo tiempo, bajo la severa vigilancia del "maitre", que fiscalizaba el servicio.

Uno de estos camareros era Guillermo Spengler, un buen hombre en toda la extensión de la palabra. Llevaba en el hotel varios años, sin que jamás hubiera merecido la más leve reprensión y se consideraba ya en aquel puesto, como algo insustituible del que no podía prescindir la dirección. Para él no existía más diversión, ni alegría que cuando se encontraba al lado de su esposa y de su pequeña, a quienes profesaba verdadera adoración. Con el fruto de su trabajo, no solamente había conseguido ahorrarse alguna cantidad de dinero, sino que había llegado a hacer de su hogar un confortable nido de amor, donde se respiraba a pulmón lleno, la honradez y el bienestar.

Corría aquella noche de una mesa a otra sirviendo la cena a los que ocupaban su turno, cuando entró en el comedor una dama elegantemente vestida, acompañada de dos caballeros,



Sin duda alguna, el dueño del hotel debía tener muy recomendada a la nueva cliente por cuanto el "maitre" se apresuró a salir a su encuentro y haciéndole una profunda reverencia le dijo:

—¡Cuánto honor, señora marquesa!

Ella respondió con un ligero movimiento de cabeza y al ver la concurrencia tan numerosa le preguntó:

—¿Habrá alguna mesa vacante?

—¿Cómo no, señora marquesa?... Ya sabe que siempre estamos deseosos de poderla servir. Si me lo permite yo mismo la acompañaré.

Echó a andar delante de ellos y poco después los acomodaba en una mesa, diciéndoles:

Ahora mismo haré que les sirvan. No tendrán que esperar nada absolutamente.

La dama que vestía un riquísimo traje de "soirée" agradeció con una fría sonrisa la solicitud del "maitre" y se sentó en el sitio que aquel le había designado.

En esto pasó por allí Guillermo y el "maitre" lo llamó diciéndole:

—¿Tiene mucho servicio ahora?

—Bastante—respondió el camarero.

—Pues déjele todo y atienda a la mesa número siete, con gran esmero. Son amigos del dueño y hay que tenerlos contentos.

No le agradó mucho aquel encargo a Guillermo, pero como "donde hay patrón no manda marinero" no tuvo más remedio que dejar el servicio que llevaba y volver a la mesa indicada, ofreciéndoles la "carta".

La dama tomó la lista de platos y la leyó varias veces, sin decidirse a elegir ninguno. Entonces Guillermo, queriendo extremar su solicitud se acercó a ella y le indicó algunos, diciéndole:

—¿La señora desea que le sirva primeramente un plato de pescado?... Algo que no engorde...

El "maître" que había visto al camarero inmiscuirse en la conversación se apresuró a intervenir, exclamando:

—Deje a la señora que elija.

Comprendió Guillermo que lo más prudente era no replicar y esperó pacientemente a que la señora le fuera dictando los platos elegidos.

No obstante, tuvo el "maître" que ayudarla en la elección indicándole con extremada amabilidad:

—¿Desca que le sirvan un "bisque d'escrevisses?", un "vol-au-vent" a la Marquesa?

La dama iba asintiendo a cuanto le decía el "maître" quien le transmitía la orden al camarero que iba apuntando en su libro de notas los platos solicitados, hasta que el encargado se retiró, preguntándole a la señora:

—¿Desea que le sirvan algo más?

—Por ahora eso sólo—contestó la marquesa—. Pero procure que no tarden.

—Inmediatamente, señora marquesa—exclamó el "maître", haciendo una seña a Guillermo para que se apresurara en el servicio.

Corrió éste a la cocina y al segundo volvió con el primer plato, que dicho en castellano, aunque más vulgarmente, era simplemente carne guisada en salsa, aunque en

idioma extranjero parezca, algo así, como el manjar de los dioses.

Mientras tanto, había llegado a la puerta del servicio del hotel, la pequeña María, la hija de Guillermo y le preguntó al encargado:

—¿Puedo hablar con mi padre?

—¿Y quién es tu padre, chiquilla?—le preguntó el encargado.

—Se llama Guillermo Spengler.

—¡Ah, sí!—exclamó el encargado—. El camarero número doce.

Y dirigiéndose a la niña le señaló una puerta diciéndole:

—Mira, entra por esa puerta y cuando veas a un camarero se lo dices, pero no vayas a meterte en el comedor.

—Descuide usted—respondió la chiquilla corriendo hacia donde le había indicado el encargado.

En el pasillo se encontró con un camarero y le dijo:

—¿Conoce usted al camarero número 12?

—Sí, ¿qué pasa?—preguntó el otro.

—Dígale que está aquí su hijita y que mamá me ha traído otro niño.

—¡Caracoles! — exclamó el camarero, que ya contaba en su haber varios herederos—. ¡Vaya un salto que va a dar cuando le dé la noticia!

Siguió hacia el comedor y mientras Guillermo estaba con la bandeja en la mano, esperando que se sirviera la marquesa, su compañero se acercó a él y le dijo:

—Aquí está su hijita... Dice que su esposa acaba de dar a luz.

Fué tal la alegría de Guillermo, que sin darse cuenta inclinó demasiado la bandeja y todo el caldo fué a parar a la falda de la dama, que exclamó indignada:

—¡Imbécil!... ¡Me ha manchado usted todo el vestido!... ¡Ya no tendré tiempo de ir al teatro!... ¡No sabe usted servir, ni comprendo cómo lo tengan en este hotel!

El "maître" acudió solícito, al darse cuenta de lo que había ocurrido y procuró calmar a la dama, diciéndole:

—Perdone, señora marquesa... El camarero será castigado, como merece.

Guillermo se veía venir encima la tormenta, pero nunca creyó que ésta fuera tan grande. Por lo mismo quedó sorprendido cuando el "maître" le dijo:

—¡Vaya usted a liquidar!... ¡Queda despedido!

El pobre camarero no se atrevió a renicar. Además estaba seguro de que de nada le valdría. Todas las explicaciones que pudiera dar serían inútiles, ni para nada le servirían los años llevados de servicios y de conducta intachable. La única persona que podría hacer revocar la orden era la Marquesa, pero estos seres, acostumbrados a la grandexa de sus vidas, no pueden concebir la miseria que lleva consigo para un pobre trabajador el despido de su colocación, y no le perdonaría su falta.

Salió del comedor y se dirigió a la Caja para hacer efectivo su salario. Una vez hecho esto fué en busca de su hijita y, sin pensar otra cosa que en el recién nacido se encaminó alegremente a su casa.

En una cunita, un hermoso niño dormía tranquilamente mientras que en una cama, cerca de la cuna, la señora Spengler llevaba impreso en su rostro todas las bondades de su alma, pura y generosa, que le habían valido el cariño de cuantos la conocían.

Al entrar Guillermo en la habitación, preguntó desde la puerta a la mujer que auxiliaba a su esposa:

—¿Es niño o niña?

—Niño—respondió la mujer.

Loco de alegría corrió Guillermo al lecho donde estaba su esposa y la besó apasionadamente. Ella sonreía al ver la satisfacción producida en él, por el nacimiento del pequeño y Guillermo continuó diciéndole:

—Me haces el hombre más feliz del mundo. Toda mi vida he soñado con tener un hijo y ahora por fin veo cumplidos mis deseos.

Tomó al chico en sus brazos y como si fuera una bandeja empezó a recorrer la habitación de un sitio para otro, como si estuviera sirviendo en el hotel, hasta que la mujer que cuidaba de la enferma se lo quitó, diciéndole:

—¡Por Dios, señor Spengler!... ¿Ha tomado usted a la criatura por un lechoncito?

Y después de acomodarlo nuevamente en la cunita, se retiró dejando solos a los esposos. Este volvió al lado de ella y le dijo:

—¿A ver si aciertas lo que será nuestro hijo?

—¿Qué quieres que sea?—respondió riendo la enferma—. ¡Camarero, como su padre!



—¿Mi hijo camarero?—exclamó él indignado—. ¡Nunca en la vida!

—Entonces, ¿qué piensas que sea?—volvió a decirle su mujer.

Guillermo se rascó la cabeza, para dar tiempo a pensar lo que pudiera ser su hijo y al fin exclamó:

—Quizá será ingeniero... Tal vez Presidente de los Estados Unidos... No tanto, no... Pero me contento con que sea ingeniero... De ahí no rebajo nada.

—¡Qué loco estás!—le reprendió cariñosamente su esposa—. ¿Cómo quieres que le costeemos una carrera?

—Es que mi hijo tendrá todo lo que pueda desear—exclamó convencido Guillermo—. Trabajaré para él, economizaré, me estableceré por mi cuenta para que a él no le falte nada.

Y echando cábalas y cálculos sobre el porvenir de su hijo, Guillermo no pudo conciliar el sueño durante toda la noche.

## DEBILIDAD PATERNA

Han pasado algunos años desde el nacimiento de Tom, durante los cuales Guillermo no ha hecho otra cosa que trabajar y trabajar, para reunir lo necesario, con tal de establecerse y poder satisfacer los menores caprichos de su hijo, que excesivamente mimado, campaba por sus anchas y hacía su santa voluntad.

En el establecimiento, no era solamente Guillermo quien trabajaba, sino que su esposa, a pesar de su delicada salud, no paraba un solo momento, lo mismo que la pequeña María, que poco a poco iba convirtiéndose en una linda muchachita. Aquel trabajo agobiador sin descansar un solo día, iba minando la salud de la señora Spengler, sin que su esposo se diera cuenta, atento tan sólo al cuidado del niño. Para él eran los mejores manjares, los mejores vestidos, los mejores colegios y todo cuanto había en la casa era para Tom, que se había echo cargo de su situación y lo que menos le preocupaba era el estudio. Su padre quería que fuese ingeniero y tenía cifradas todas sus ilusiones en aquel futuro hombre, seguro de que llegaría a ser una lumbrera.



Todas las mañanas, al romper el día, madre e hija tenían que levantarse para fregar y limpiar el restaurante, mientras que Tom esperaba tranquilamente que le sirvieran el almuerzo, un almuerzo succulento, propio de un potentado, a la vez que las mujeres sólo tenían tiempo de beber un poco de leche y a trabajar nuevamente.

Una mañana el trabajo era tan grande que distraídas con él, se olvidaron de entrarle el almuerzo a Tom, su padre se dió cuenta del olvido y las regañó diciéndoles:

—¿Por qué no está preparado aún el almuerzo de Tom?

—Espera un momento — respondió su mujer—. En cuanto acabe de fregar el suelo se lo entraré.

—El niño no puede estar tanto tiempo sin tomar alimento—contestó Guillermo, y dirigiéndose a María, que limpiaba unas mesas le dijo—: Deja eso, María y ves a prepararle el desayuno a Tom.

Otra persona que no hubiera sido de la bondad de María hubiera llegado a tener celos de su hermano, al ver la diferencia de trato que su padre hacía, pero ella toda dulzura e ingenuidad, obedecía sumisa al autor de sus días, convencida de que su obligación como mujer, era aquella.

Dejó el trabajo que hacía y entró a la cocina a preparar el desayuno, mientras que su padre fué a donde estaba Tom, haciendo como que estudiaba.

Este apenas vió entrar a su padre le dijo:

—Papá, hoy no puedo ir al colegio, la maestra me regañará cuando vea que no me se la lección.

—¿Y por qué no la estudiaste anoche, como te dije?  
—le preguntó su padre.

—Porque estaba muy cansado, papá, y los ojos me dolían—exclamó el muchacho.

—Si en vez de leer las "Aventuras de Jesse James" hubieras estudiado la lección, la maestra no te castigaría—exclamó Guillermo—. ¡Para leer tonterías no te duelen los ojos!...

Se levantó, fingiendo estar enfadado y salió de la habitación, pero Tom que sabía de los enfados de su padre, apoyó la cabeza sobre los brazos y empezó a llorar amargamente. Tal como lo había pensado el pilluelo resultó. Guillermo apostado detrás de la puerta lo oyó llorar y se apresuró a entrar de nuevo para consolarlo, diciéndole:

—¿Me prometes que estudiarás desde hoy?

—Sí, papaito—respondió el niño—. Yo te prometo que no leeré más que las lecciones que me señale la maestra, pero no me hagas ir hoy.

—Bueno, te quedarás en casa, pero estudiarás.

—Yo haré todo lo que tú quieras—exclamó Tom acariciando a su padre y sabiendo que de este modo lo tenía ganado por completo—. Pero escribirle una carta para que la maestra no me regañe mañana.

Guillermo, sin pensar en el mal que inconscientemente estaba haciendo a su hijo, con aquel exceso de mimos, tomó un lápiz y escribió una nota a la profesora que decía:

"Mi querida maestra:

Le ruego que dispense a Tom el que no haya ido en

estos días al colegio, no se ha encontrado muy bien y he creído oportuno que no saliera a la calle,

Muchas gracias de su affmo.

*Guillermo Spengler."*

El chiquillo, al verse libre de la reprimenda que le esperaba, se abrazó a su padre y éste, olvidando su mal humor, salió en busca del desayuno.

Encontró en la cocina a María y a su madre que lo estaban preparando y creyendo que era poca cantidad lo que le ponían, exclamó:

—¿Creéis acaso que Tom es un pajarillo?

La chiquilla, se apartó antes que tuviera ocasión su padre de hacerle alguna de aquellas caricias, que le ponían un carrillo encarnado y lo dejó hacer a él.

Spengler tomó la manteca, la leche, el café, la mermelada y todo lo fué colocando en una gran bandeja, para servirlo él mismo.

Su mujer, que comprendía la mala educación que le estaba dando al pequeño, no pudo menos que reprenderle, diciéndole:

—Con tus mimos estás echando a perder a ese niño, Guillermo... Algún día te arrepentirás de ello.

—¿Crees acaso que no sé educar a mi hijo?—respondió Spengler—. No todo ha de ser trabajar... Un muchacho que estudia ha de estar bien alimentado.

—Pero, si lo que menos hace Tom es estudiar... Déjate de tonterías y que aprenda el oficio tuyo...

—¡Mi hijo camarero!—exclamó indignado el padre—.

¡Eso, nunca! Ya te dije que sería un ingeniero y lo conseguiré... Además, vosotras, las mujeres, no entendéis de esto.

Y sin darle más importancia al asunto entró donde estaba Tom, y empezó a servirle el desayuno. Abrió el panecillo, le quitó la miga, que a Tom no le gustaba y llenó el hueco con abundante manteca y mermelada.

El chiquillo sonreía satisfecho al ver que era dueño de la voluntad de su padre y extremaba las caricias, diciéndole:

—Ya verás, papá, cuando yo sea ingeniero qué vida más cómoda tendremos.

—Ya lo creo—respondía el padre convencido por las caricias del astuto pequeño—. Poco orgulloso que te presentaré a mis amigos, diciendo que eres el mejor ingeniero de Nueva York.

—Y haré casas muy grandes, mucho más altas de las que hoy hay. En una de ellas viviremos nosotros, con muchos criados que nos sirvan y ya no tendrás que trabajar más en el restaurante.

Guillermo oía a su hijo embobado y pensaba que si todo aquello lo oyerá su mujer otra cosa pensaría y no le echaría en cara los mimos que le prodigaba a su pequeño.

Pero ésta en aquel momento no tenía tiempo de ocuparse de tal cosa. Seguía trabajando lo mismo que su hija, sin descansar con el fin de que cuando vinieran los clientes ya estuviera el establecimiento limpio. De pronto un golpe de tos la hizo dejar la faena, se recostó sobre



el mostrador y a duras penas podía respirar. En aquel estado se la encontró el camarero al entrar, un joven llamado Otto, que sentía por su ama un entrañable cariño y conmiseración. Al verla tan cansada, la hizo sentar a la vez que le decía:

—No trabaje más, señora Spengler. Se está matando, yo haré el resto.

—Gracias, Otto—respondió la pobre mujer—; pero tú tienes que hacer otras cosas.

—No se preocupe. Haré todo lo suyo y lo mío antes de que salga el patrón—respondió el simpático camarero.

Y tomando los trastos del trabajo empezó rápidamente la limpieza hasta que dejó el suelo brillante y limpio como hacía mucho tiempo que no se había visto.

Mientras trabajaba le decía a la señora Spengler:

—Su marido no piensa lo que hace, señora. En vez de hacerlas trabajar tanto debía obligar a Tom a que empezara a darse cuenta de que ya tiene edad para trabajar.

—Guillermo es muy bueno—contestó la mujer—; pero no se da cuenta de que los mimos que le da al niño van a echarlo a perder. Lo quiere con locura y no ve más que por sus ojos.

—¡Caramba!—exclamó el camarero—. También María es su hija y no la deja parar un solo instante.

—Sin embargo—exclamó la muchacha—, todo lo que yo hago está mal... En esta casa sólo Tom hace las cosas bien hechas.

Quiso levantar una mesa para trasladarla de sitio, mas le engañaron sus fuerzas. Después de intentarlo varias ve-

ces, María tuvo que desistir. Otto que la miraba sonriendo, corrió a donde estaba ella y trasladó la mesa al lugar que debía ocupar, mientras que la joven se lo agradecía con una angelical sonrisa.

Cuando salió Guillermo, todo estaba ya arreglado y dirigiéndose al camarero le dijo:

—¿Sabes lo que me ha dicho Tom?

—Cualquier tontería—respondió éste.

Spengler se puso serio inmediatamente y exclamó:

—¡Mi hijo no dice tonterías! ¿Lo oyes?... Me ha dicho que cuando sea ingeniero piensa construir casas mucho más altas de las que hoy hay.

—Pues si no va a haber más casas que las que su hijo edifique, me parece que tendremos que dormir a cielo raso—volvió a decirle el camarero.

—Tú lo que tienes es envidia—exclamó el padre—. Te duele ser camarero y no lo que llegará a ser mi Tom.

Otto comprendió que era inútil discutir con él sobre aquel particular y se encogió de hombros para seguir su tarea, mientras que el patrón apuraba un buen vaso de cerveza.

## DOS CORAZONES QUE SE COMPRENDEN

Pasaban los días y cada uno de ellos ponía un nuevo atractivo en la pequeña María, a quien los clientes le dirigían píropos y galanteos. Sin saber por qué Otto sentía cierta molestia cada vez que uno de los parroquianos galanteaba con María, hasta que un día, a uno que quiso propasarse, de un puñetazo lo derribó contra el suelo, diciéndole:

—El que se atreva a molestar a esta muchacha, que piense antes que tiene que vérselas con mis puños.

María agradeció la defensa que en ausencia de su padre le había hecho el camarero y sintió que su corazón se inclinaba cada vez más hacia aquel hombre, que había sido su único amigo de pequeña.

Sin decirse nada ellos dos se comprendían, se buscaban silenciosamente y en los momentos que el trabajo les dejaba alguna libertad se reunían para hablar de cosas triviales. Eran demasiado sencillas sus almas para que ninguno sospechase el amor que iba uniéndolos, solamente la señora Spengler había adivinado el sentimiento que unía a los



dos jóvenes y sonreía satisfecha al pensar que su hija hubiera despertado aquel amor en un hombre de la honradez y laboriosidad de Otto.

Acababan de cerrar las puertas del establecimiento una noche, ya habían terminado todo el trabajo y María fué a descansar, sobre el alféizar de una de las ventanas del restaurante. La noche era espléndida, noche de primavera en la que el alma se sentía transportada a países imaginarios de ensueños, y la de María, tan niña, tan inocente, sentía también el encanto de aquel misticismo, de aquel silencio que la envolvía. Su pensamiento la transportaba a lugares desconocidos, inmensamente deliciosos, pero siempre acompañada de Otto, de Otto que la llevaba de la mano enseñándole los maravillosos paisajes de un cuento oriental. Cerró los ojos abstraída en aquel delicioso pensamiento y al abrirlos, se encontró a Otto a su lado, que le preguntó:

—¿Dormías?... ¡Debes estar muy cansada!

—No lo creas. Había cerrado los ojos solamente, para ver mejor—respondió ingenuamente la muchacha.

—No te comprendo—exclamó Otto.

—Sí, es que, tal vez impresionada por esta soledad de la noche, tan llena de estrellas, me sentí transportada a un país delicioso, a uno de esos lugares que tantas veces se leen en los cuentos infantiles, y sabes quién me acompañaba?

El la miró interrogante y María siguió diciéndole:

—Me acompañabas tú. ¿Por qué siempre que pienso esto eres tú el que me acompañas?

Le miraba deliciosamente y Otto ante el hechizo de

aquellos ojos, tan dulces, tan bellos que sabían expresar tan sencillamente el amor de su corazón, no pudo abstraer se al encanto de su mirar y tomándole una mano, le dijo:

—¿Quieres saber la causa, María?... Pues es porque me amas, porque desde hace tiempo nuestros corazones laten al unísono. Sin que nosotros nos demos cuenta, nuestros ojos se buscan, nuestras miradas se dicen todo esto que ahora yo te estoy diciendo y nuestras almas se sienten felices al verse adoradas de esta forma tan pura. Sí, María, tú no lo sabes siquiera, como yo no lo sabía hasta ahora, pero tú me amas, me amas tanto como yo te adoro y desde este momento nuestras vidas tienen que ir juntas, tan juntas, como nos has visto en tu sueño de hace un momento. Nuestro amor nos la presenta rodeada de bellos paisajes, como un eterno paraíso donde reina como único dueño y señor este amor tan profundo.

Nunca María había oído a Otto expresarse de aquella forma, pero su sorpresa era agradable, hubiera querido que siempre continuara hablándole de aquel modo, de aquella forma que hacía vibrar en ella sentimientos desconocidos y que adormecía a su corazón en un sopor delicioso, exquisitamente voluptuoso.

—¿Por qué dices todas esas cosas tan bonitas?—le preguntó la joven.

—Porque algún día tendrías que haberlas oído de mí, María. Eres demasiado bella, demasiado buena, para no despertar en el corazón de los hombres este amor. Yo, como tú era casi un chiquillo cuando te conocí. Me he criado contigo, viéndote crecer, viéndote convertirte en la preciosa

mariposa que eres hoy y tus colores brillantes iban poco a poco cegándome, deslumbrándome con su resplandor, hasta que mi corazón no ha podido por más tiempo ocultar la verdad de mi alma... ¿verdad que tú también me amas? ¿que no quieres separarte de mí?

—Sí, Otto—respondió dulcemente la joven—. No sé lo que es amor. He oído hablar de él en las novelas, en los teatros, cuando alguna vez he ido, pero si amor es sentirse dichosa, inmensamente feliz, junto a un hombre, yo lo soy cuando tú estás a mi lado, lo soy, como nunca lo hubiera sospechado.

—¡Mi María!—exclamó Otto estrechándola entre sus brazos, a la vez que respetuosamente con toda la pureza de su amor besaba en la frente a la joven—. ¿Siempre así, verdad, amor mío?

—Sí, Otto contestó ella—. Siempre juntos, siempre unidos, hasta nuestra muerte...

Una leve tosesilla de la señora Spengler puso fin a la idílica escena, ella había presenciado todo y sonrió satisfecha, diciéndole a su hija:

—María, ya es hora de retirarte.

—Señora Spengler—confesó noblemente Otto—. María y yo nos amamos... ¿Querrá usted ayudarnos?

—¿Creéis acaso que no os ayudaba?—respondió la buena mujer—. Desde hace tiempo sabía que los dos os amábais, pero tú eres bueno Otto y me siento feliz al saber que mi hija será la esposa de un hombre honrado y trabajador. Hazla feliz, Otto, que bien se lo merece la pobre. No ha conocido otra vida que la que yo la he enseñado, ni

más amor que el mío. Tú puedes hacer de ella una esposa ejemplar, una madre amante de su hogar y de sus hijos... ¿Me prometes velar siempre por ella, Otto?

—¡Se lo juro! — respondió el muchacho vehementemente—. ¡Le prometo, que mientras yo viva, no le faltará nada a María!

—No sabes lo que te lo agradezco, hijo mío—respondió la señora Spengler—. Mi vida se va apagando más aprisa de lo que debe y ahora es cuando me siento feliz, al saber que mi hija queda en buenas manos...

Tomó del brazo a María, que avergonzada no se atrevía a levantar la vista del suelo y se la llevó hacia su habitación, mientras que Otto, sonreía feliz al pensar que era suyo el corazón de aquella angelical criatura. La vida se le presentaba risueña y veía en lontananza toda la dicha que le aguardaba en el amor de aquel ser, tan bueno, tan lleno de dulzura y bondad.

—¡María!—exclamó con el pensamiento en ella. Y aquel nombre pronunciado con tanta devoción, fué como una plegaria, como un rezo puro y sencillo que elevaba a la amada de su corazón.



## LA AVENTURERA

Era la fiesta que celebraban los camareros y dueños de restaurantes. En el pequeño teatro que poseían en el edificio de la sociedad se celebraba un función a la que asistían todas las familias de los asociados y Guillermo, sentado con varios amigos les decía vanidosamente:

Luego tengo yo que cantar el aria de "Der Trompeter von Saeckinge"... En su vida la han oído ustedes cantar como yo la canto...

—¿Pero usted sabe cantar?—le preguntó uno de sus amigos.

—Naturalmente—respondió Guillermo—. Me he traído a mi mujer y a mis hijos para que me oigan. Ya verán... ya verán...

En efecto, algunos minutos después, aparecía Guillermo en el pequeño escenario, vestido de capa y espada. Un aplauso general acogió la presencia de Spengler y éste comenzó a cantar el aria, procurando desafinar lo menos posible.

Su esposa y sus hijos se hallaban en una mesa cerca del escenario y de cuando en cuando, Guillermo miraba hacia ellos, como pidiéndoles su aprobación en lo que ha-

cía. Ellos le animaban sonriendo y él seguía cada vez más entusiasmado. Pero al dar las notas agudas un "gallo", como para hacer una paella, se le escapó y una de las asistentes no pudo menos que lanzar una sonora carcajada. Aquello descompuso algo a Guillermo, hasta que otra ave de la misma familia que la anterior, produjo otra sonora carcajada en la misma mujer. El que la acompañaba se acercó al oído de la joven y la reprendió, diciéndole:

—Aplande a ese bobo... Tiene un buen negocio y puede protegernos a los dos...

Aquella observación hizo cambiar por completo a la joven, que se levantó de su asiento para aplaudir calurosamente al que momentos antes acababa de producirle tal hilaridad. Era una mujer guapísima, de una belleza excesivamente atractiva y de una coquetería extremada. En su forma de comportarse se veía a la legua que se trataba de una vulgar aventurera para quien la belleza de su rostro servía de máscara y de medio para atrapar a los incautos. El que la acompañaba era, como fácilmente puede suponerse, un individuo de su misma calaña, para quien el amor de Greta, que era el nombre de la joven, sólo servía como recurso para ganarse la vida sin necesidad de trabajar.

Cuando acabó la representación, la familia de Spengler entró al cuarto donde estaba lavándose su marido y su esposa le dijo:

—Guillermo, nosotros nos vamos a casa.

—¿Por qué no te quedas un rato al baile?—le preguntó Guillermo.

—Porque estoy cansada—le contestó la mujer—. Me llevaré los niños a casa. Tú quédate aquí un rato para distraerte.

—No—contestó Guillermo—. Yo os acompañaré, ¿qué voy a hacer aquí?

—No seas tonto—insistió su mujer—. Estás todo el año trabajando, justo es que te diviertas un rato una noche. Otto nos acompañará hasta casa.

Se dejó convencer Guillermo por las palabras de su mujer y salió poco después para sentarse en una mesa con varios amigos.

A su lado ocuparon otra Greta y su amante, quien le dijo:

—A ver como conquistas a ese viejo. No olvides que tiene uno de los mejores restaurantes de Nueva York.

—Descuida—respondió, sonriendo, ella—. Este es un pájaro que no se escapa. En cuanto lo mire dos veces es hombre mío.

En el salón todo era alegría y risas. La gente joven se entregaba a las delicias del baile, mientras que las personas de edad se arrinconaban en las mesas viendo como se divertían los demás.

De pronto calló la orquesta y uno de los que dirigían la fiesta subió sobre un pequeño entarimado gritando:

—¡Este baile es de las señoras!

Rompió la música a tocar y Greta aprovechó el momento para acercarse a la mesa donde estaba Guillermo y decirle:

—Ahora nos toca a las señoras elegir la pareja, y yo



no he deseado otra cosa en toda la noche que bailar con usted.

Guillermo no tuvo más remedio que salir a bailar con ella y Greta desplegando todas sus artes de coquetería procuraba apoderarse de la voluntad de Spengler, que cada vez se sentía más fascinado por la belleza de aquella joven, que tan amorosamente lo miraba. Mientras iba bailando, Greta apoyaba algunos momentos la cabeza sobre el hombro de Guillermo y procuraba rozar con su rostro la cara de Spengler que sentía que se le inflamaba toda la sangre hasta que finalmente, sin poderse contener le dijo:

—¿Por qué tenía usted tanto empeño en bailar conmigo?

—Porque me ha sido usted muy simpático desde que le he oído cantar. A mí los hombres como usted me vuelven loca...

El sonrió satisfecho y ella siguió diciéndole:

—¿Acaso le molesta que le haya sacado a bailar?... ¿Tiene usted miedo a las mujeres?

—A mí no me asusta nada—respondió él—y menos aún cuando se trata de una mujer tan hermosa como usted.

—Ahora me gusta usted más—exclamó mimosa Greta—. Es usted además de buen cantante un galanteador exquisito... ¡cómo se conoce que está usted hecho al trato de mujeres! No me cabe duda que tendrá usted muchas conquistas en su vida.

Guillermo, halagada su vanidad por las frases de la joven, sonrió indiferente, respondiendo:

—Más de una se ha pirrado por mí, pero a ninguna le he hecho caso.

—¿Y me encontraré yo en el mismo caso que las demás? — preguntó Greta, apretando significativamente la mano que tenía cogida de Guillermo.

—Usted es diferente a todas las mujeres que he conocido—exclamó fuera de sí Guillermo—. Usted es una mujer a la que es difícil olvidar.

—Entonces pruébemelo usted aceptando una copa en mi compañía.

Aceptó Guillermo el ofrecimiento de Greta y ésta le presentó a su amante, diciéndole:

—Le presento a mi primo. Nos hemos criado juntos desde pequeños y no nos separamos nunca.

El amante de Greta le sirvió varias copas de vino y entre la bebida, el baile y las incendiarias miradas de la joven, Guillermo no se dió cuenta de las horas que pasaban.

Terminó la fiesta, pero Spengler completamente embriagado, exclamó:

—¡Iremos todos a mi casa a beber la copa de despedida!

—¡Hurra por Guillermo Spengler!—exclamaron todos los que se habían unido a la juerga que traían Greta y su nueva conquista.

—¡Es usted el hombre más ideal que he conocido!—exclamó Greta, abrazando a Guillermo.

Y mientras ellos se dirigían en tumulto hacia la tienda de Spengler en la casa de éste sucedían cosas verdaderamente alarmantes.

Su esposa, agotadas por completo sus fuerzas, sufrió

un fuerte ataque de tos, que hizo preciso la intervención del médico. Fué Otto a buscarlo y cuando el galeno auscultó detenidamente a la pobre mujer, se llevó al camareiro y le dijo reservadamente:

—El caso es grave, no tengo por qué negárselo.

—¿Pero cree usted que puede ocurrir alguna desgracia?—preguntó, ansiosamente, Otto.

—Me lo temo—respondió el doctor—. Hay que decirle al señor Spengler, sin alarmar a los chicos, que su esposa necesita mucho reposo y tranquilidad, si quiere que viva algún tiempo. La menor emoción, el menor esfuerzo sería suficiente para apagar su pobre vida.

Otto bajó la cabeza, para ocultar unas lágrimas que se desprendieron de sus ojos y acompañó al doctor hasta su casa.

Apenas habían salido éstos cuando entraron Guillermo y sus nuevos amigos, armando un verdadero cataclismo. Los gritos y las risas atronaban toda la casa. Los mismos invitados se metían detrás del mostrador, tomando las bebidas que les agradaban y revolviendo todo el establecimiento.

Greta se acercó a Guillermo y le dijo, cuando era mayor el tumulto:

—En una noche de triunfo como ésta debería usted abrir unas cuantas botellas de champaña para sus amigos.

—Greta tiene razón—insistió el amante de la joven— El triunfo de esta noche hay que celebrarlo con champaña...

Guillermo no se hizo repetir la orden. Bajó a la bodega y se disponía a recoger algunas botellas cuando oyó pasos

por la escalerilla. Miró rápidamente hacia allí y vió asomar unas torneadas pantorrillas, que excitó más aún su estado. La que bajaba debía ser una mujer hermosa por las apariencias. La dueña de las pantorrillas, sin duda para que pudieran verse mejor se subió un poco las faldas y esperó unos minutos para que Guillermo las pudiera contemplar a su antojo. Luego sonó una risa alegre, fresca, una risa provocativa y apareció Greta, diciéndole:

—He querido dejar arriba a los amigos para poder estar con usted un momento a solas.

Guillermo se hallaba atolondrado, la visión de las pantorrillas de aquella mujer, y el aire seductor con que lo miraban obraron en él con toda la fuerza del momento y la estrechó entre sus brazos besándola apasionadamente.

Greta mientras respondía al beso de su seducido iba tomando botellas de champaña. De pronto cayó una al suelo y Guillermo se separó de ella asustado.

—No te asustes, que derramar vino es buena suerte— exclamó riendo Greta, a la vez que le ofrecía nuevamente los labios a Guillermo, que, riendo también, la volvió a estrechar entre sus brazos y a besar ansiosamente.

De pronto sonó un grito de angustia en la parte superior de la puerta de la bodega y se encontraron con la esposa de Guillermo, que yacía sin sentido.

El ruido producido por la algarabía armada por los amigos de Guillermo había despertado a la pobre mujer, que se levantó para ver qué era lo que pasaba. Al pasar cerca de la puerta de la bodega, vió luz y asomó la cabeza, viendo en aquel instante como su esposo abrazaba a Greta.



Una nube de dolor la cegó y perdiendo el sentido cayó al suelo, lanzando un doloroso grito.

Guillermo, al ver a su mujer en aquel estado, corrió con ella en los brazos hasta su habitación y procuró reanimarla. Al cabo de algunos minutos, la pobre enferma abrió los ojos y Guillermo le suplicó:

—¡Perdóname!

—¿Por qué has hecho esto, Guillermo?—le preguntó su esposa.

El avergonzado por su acción, bajó la vista al suelo y se confesó culpable diciendo:

—No sé, no te lo podría decir... Estaba contento... bebí más de la cuenta... y no sé lo qué hacía, pero yo te juro que no quise ofenderte.

—Lo sé—respondió ella—. Sé que eres bueno, que tienes buen corazón, pero prométeme que nuestros hijos no tendrán nunca una madrastra como esa mujer...

—Te lo prometo, pero tú no debes morir, tú eres mi esposa... a quien yo quiero con toda mi alma—exclamó Guillermo besando amorosamente las manos de la enferma, que apenas si podía respirar...

Poco a poco Guillermo sentía que las manos que tenía entre las suyas iban enfriándose. Sintió miedo y se acercó al rostro de su esposa. La infeliz había exhalado su último suspiro y en su última mirada parecía todavía suplicar al esposo, que no diera nunca por madrastra a los hijos de sus entrañas a aquella mujer, contra quien su corazón la prevenía.





Sirviendo la cena a los que ocupaban su turno



- ¿Es niño, o niña ?



-Me haces el hombre más feliz del mundo.



-¿Y por qué no estudias anoche?



- Te quedarás en casa, para estudiarla



- Se está volviendo matando



- ¿Verdad que tú también me amas?



- Me llevé los niños a casa

## LA MADRASTRA

No era Greta mujer que abandonara tan fácilmente a su víctima. Estaba segura de la fascinación que ejercía sobre él y continuó visitando diariamente el establecimiento de Spengler, en contra de los deseos de Otto, que veía en aquella mujer la ruina del padre de su novia.

Ni el cariño a sus hijos, ni el juramento hecho a su mujer, tuvieron fuerza bastante para destruir el hechizo que Greta ejercía sobre Guillermo y a los pocos meses de la muerte de su primera esposa, Guillermo se casaba con Greta.

Desde el primer día de su casamiento, la joven empezó a dejar sentir sus perversos deseos y los hijos a sufrir el mal trato de aquella advenediza. Su amante también ocupó un puesto en el establecimiento y allí todos tenían que trabajar para llevar adelante un barco que naufragaba, debido a los excesos de los dos amantes.

Otto estuvo varias veces por abandonar su empleo, pero la promesa hecha a la muerta de velar por María y el cariño que sentía por ella, pudieron más y lo retuvieron



para evitar que algún daño pudiera ocurrirle. Pero un día, recibieron los nuevos esposos su retrato de boda y Greta llamó a María, diciéndole:

—Toma este retrato y cuélgalo en la sala.

—En la sala está ya el retrato de mi madre—exclamó la muchacha, negándose a cumplir la orden.

—Pues ahora el que tiene que estar es el mío—volvió a decir Greta.

Y en vista de que María se negaba a cumplir su orden de un empujón la metió dentro de la sala y le dijo, a la vez que quitaba el retrato de la primera esposa de Guillermo y colocaba el suyo:

—Así sabréis quién manda en la familia...

—¡Sabremos eso y sabremos también quién es usted!—exclamó indignado Otto.

Aquellas palabras produjeron tal indignación en Greta que se abalanzó sobre el camarero, sin reparar en que sus fuerzas eran inferiores a las de su contrario. Al verse imposibilitada de poder cumplir su deseo, gritó para que acudiera su esposo y le dijo, refiriéndole el incidente a su modo:

—¡Me ha desobedecido tu hija y éste me ha pegado!

Spengler se encaró con él, diciéndole:

—¿Por qué le ha pegado usted a mi mujer?

—¿Pegarle yo a esa?—exclamó despectivamente Otto.— ¡No quiero ensuciarme las manos!

—¡Fuera de aquí inmediatamente!—exclamó Guillermo.— ¡No quiero verlo ni un minuto más en mi casa!

María, interponiéndose entre la puerta y su amado, intentó persuadir a su padre y le suplicó:

—Papá, perdona a Otto. Lo ha hecho para defenderme. Ella quitó el retrato de mamá y yo me indigné.

Pero Greta tenía abrazado a su marido y le decía, para que no perdonara al camarero, en quien veía un estorbo para el logro de sus planes:

—¿Permitirás que se quede aquí ese hombre, después de haberme ofendido tan gravemente? Soy tu esposa y debes defenderme, contra los que me maltratan.

Logró persuadir a Guillermo con aquellas palabras y volviéndose hacia Otto le dijo de nuevo:

—¡He dicho que no quiero verle más en esta casa!... ¡Ya debía usted estar fuera de ella!

—Papá—exclamó resueltamente María, viendo la actitud de su padre—. Si despides a Otto, yo también me marcharé con él.

—Puedes irte donde más te plazca—exclamó Guillermo, zugestionado por la aventurera—. Nada quiero saber de ti, mala hija.

—No te apures, María—le dijo consolándola Otto— a mi lado nada te faltará—. Y dirigiéndose a Guillermo, le afeó su acción, diciéndole:

—Puede ser que algún día tenga que arrepentirse de lo que hace hoy...

Y junto con María salió de aquella casa, donde la sombra de una santa mujer no era suficiente para detener el libertinaje a que se había entregado la que había querido ocupar su puesto.

La amenaza de Otto, produjo cierta impresión en Guillermo, que empezaba a arrepentirse de su excesiva rigidez, mas Greta, acariciándolo fascinadora, le dijo:

—No te preocupes. Verás que pronto los tienes aquí de vuelta pidiéndote perdón. ¿Dónde quieres que vayan?... Tú has hecho lo que debías hacer y de nada tienes que arrepentirte. Piensa en que te queda un hijo al que tienes que dedicar todos tus cuidados.

La perversa Greta había comprendido la idolatría que Guillermo sentía por Tom y como éste no era ningún obstáculo para que ella pudiera realizar sus deseos, procuraba alentarle en este cariño con el fin de disponer ella de más tiempo para poder estar al lado de su amante.

Guillermo, como un ser inconsciente, como si ante sus ojos hubieran puesto una venda no se preocupaba de otra cosa que de satisfacer los caprichos de su hijo, que cada día eran más exigentes. Los mimos de que le hacía objeto hacían que el muchacho se engriese de tal forma, que de seguir así hubiera sido imposible el poderlo dominar. Afortunadamente un acontecimiento vino a poner término a aquel estado de cosas y fué el siguiente:

### LA LEY SECA

Desde hacía algún tiempo venían circulando alarmantes rumores de que el Gobierno iba a dictar una ley prohibiendo la entrada y la expendición de bebidas alcohólicas. De llevarse a efecto aquella ley, significaba para muchos comerciantes, entre los que se encontraba Guillermo, una verdadera ruina. Tendrían que cerrar el establecimiento y

lo pocos recursos de que contaba pronto desaparecían entre las manos de aquella mujer, que era una esponja arrojando dinero.

Lo que se temía sucedió, la ley fué aprobada y los periódicos publicaron la orden en letras grandes diciendo:

*"La Ley Seca*

Ha sido aprobada la Ley Seca, que durante tanto tiempo ha sido tema de discusión en el Gobierno y a partir de mañana, a las doce de la noche, todos los establecimientos que se dediquen a esta clase de negocios tendrán que cerrar sus puertas..."

Aquel instante de zozobra, de temor en el porvenir volvió un poco a la realidad a Guillermo, pero desgraciadamente ya era tarde. Todo su capital lo tenía invertido en aquel negocio y no veía la forma de poderlo recuperar.

Como todo llega en este mundo, también llegó el día señalado para el cierre. Los que cotidianamente hacían uso de las bebidas alcohólicas llenaban los establecimientos, como si quisieran beber en una sola noche, todo lo que no podían hacer durante el resto de su vida. El establecimiento de Guillermo se hallaba abarrotado de público. Entre él, Greta y su amante no daban abasto para atender a todos los clientes, quienes no contentos con beber allí compraban las botellas por docenas para llevárselas a su casa. Era un verdadero chorro de oro lo que entraba en el cajón de Guillermo, pero así y todo, la mercancía vendida a bajo precio, no compensaba ni por mucho la pérdida que sufría.

Dieron, por fin, las doce y la policía entró en el establecimiento, echando de allí a toda la gente. Cuando quedaron solos, Guillermo, abatido, extenuado por el trabajo de aquel día, fué a sentarse en una mesa, mientras que su mujer contaba la recaudación.

En su imaginación bullían mil encontradas ideas, no sabía qué camino emprender en la vida futura que se le presentaba. Miró a su pequeño que estaba junto al mostrador y pensando en él, le preguntó a Greta:

—¿Y ahora, qué hacemos?

Ella se encogió de hombros, como si le importase poco la suerte que pudiera correr su marido, y exclamó:

—Cuando acabemos de pagar la hipoteca de cervecería, tú volverás a ser camarero y tu hijo "botones" o vendedor de periódicos.

Tom asustado ante la perspectiva que le ofrecía su madrastra se abrazó a su padre, que le dijo cariñosamente:

—Anda sube a tu cuarto que yo iré a desnudarte.

Entonces el amante de Greta se acercó a Guillermo y le insinuó:

—Yo sé el medio para que no lleguemos a ese extremo. Podríamos vender licor de éste a la chita callando y hacernos millonarios en poco tiempo.

—Eso es ponerse fuera de la ley—exclamó Guillermo, rehusando el ofrecimiento del que él creía primo de su mujer.

Mas éste, sin hacer caso de la repugnancia demostrada por Spengler, continuó diciéndole:

—Conozco al capitán de un vapor que podría traernos



todo el licor que quisiéramos... No sea escrupuloso y acepte el negocio...

—Eso es imposible—protestó de nuevo Guillermo—. Jamás me dedicaré a ser un vulgar contrabandista.

Subió a donde estaba Tom y encontró a éste llorando. Mientras lo desnudaba le preguntó el motivo de aquellas lágrimas, a lo que respondió el chiquillo:

—¿Verdad, papá, que no seré "botones", ni venderé periódicos?

Guillermo acarició a su hijo y estrechándolo contra su pecho, exclamó:

—No, hijo mío. Eso no lo serás nunca, aunque tu padre tenga que hacer "cualquier cosa".

Y aquello lo decidió a aceptar el negocio que le había propuesto el amante de su mujer. Bajó a donde estaba éste y le dijo:

—He pensado lo que me proponía y estoy decidido a emprender ese negocio. Puede decirle a ese capitán que empiece a traernos mercancías.

Los primeros días de su nueva vida fueron para Guillermo de verdadera angustia. A cada momento se creía descubierto por la policía y apenas si se atrevía a salir por la calle, ante el temor de ser reconocido. Montó para despistar un negocio de verdura y diariamente introducía en la ciudad, debajo de aquella mercancía, las cajas de alcohol que luego iba suministrando clandestinamente a los establecimientos.

El negocio de "verduras" de Spengler creció a tal extremo que no había en todo Nueva York un establecimiento

clandestino donde no se bebiera su producto. Y la riqueza empezó a sonreírle con su mueca más risueña, haciéndole ganar cantidades fabulosas.

Llegó ya a familiarizarse de tal manera con su nueva existencia, que dejó de traer el licor de fuera, y en los sótanos de una casa comprada por él, hizo una destilería y de allí salían millares de cajas a diario. Era una verdadera locura la ganancia que tanto él, como Gustavo, el amante de su esposa, obtenían en aquel negocio y pronto el antiguo camarero se vió rodeado de todas las comodidades que podía ofrecerle su elevada posición.

## AMOR DE PADRE

Pasaron ocho años, ocho años de continuo reunir dinero, sin que nadie diera con el lugar donde se fabricaba aquella bebida que infestaba Nueva York. A influjo de Greta trasladaron su morada a un suntuoso palacio, servido por criados de librea, doncellas, camareros, todo cuanto podría haber en una casa de un millonario. Durante este tiempo Tom había sido enviado a un colegio aristocrático para que continuase allí su educación y Greta, hastiada del amor de Gustavo, que no pensaba en otra cosa que en ganar dinero, cambió de amante.

Una mañana se hallaba Guillermo en su despacho y llamó telefónicamente a Gustavo para decirle:

—La última partida está mala, Gustavo... Hace ocho años que te estoy diciendo que no quiero que embotelles nada, sin que yo antes lo apruebe.

—No se preocupe, señor Spengler—contestó burlonamente Gustavo—. Nuestro whiskey es igual que el que venden otros.

Pero Spengler, a pesar del negocio que tenía, aun le

quedaba un resto de conciencia y bajó, siguiendo un pasillo secreto, a donde estaba la destilería y probó de una botella un poco del líquido que contenía. Inmediatamente lo escupió y exclamó:

—Esto es una porquería... ¡Arrójenlo al sumidero!

Gustavo se interpuso y le dijo sonriendo:

—¡Ya han salido algunas cajas!

—¡Pues que se recojan todas!—ordenó Guillermo—. ¡No quiero que se venda ni una botella! ¡Esto es envenenar a la gente!

Gustavo prometió cumplir la orden, aunque interiormente estaba dispuesto a seguir despachando la bebida, a pesar de lo dicho por su jefe.

Toda la ilusión que en aquellos días tenía Guillermo era la de que pronto volvería su Tom. Esperaba que llegase de un momento a otro y su corazón de padre se estremecía pensando en el momento de poderlo tener entre sus brazos.

Un criado entró en su despacho y le entregó un telegrama que decía:

"Espérame esta noche en el primer tren. Todas las asignaturas aprobadas.

Un abrazo de tu hijo.

*Tom."*

Una hora antes de que llegara el tren, ya estaba Guillermo en el andén esperando la llegada de Tom. Le parecía que aquel día el tiempo transcurría más despacio que nunca... ¡Oh, qué abrazo le iba a dar cuando lo viera! Y

pensando en este momento transcurrieron los minutos que faltaban, hasta que un silbido de la locomotora anunció la llegada del tren.

—¡Tom!—gritó Guillermo, al ver a su hijo asomado a una ventanilla—. ¡Estoy aquí!

Segundos después, padre e hijo se abrazaban cariñosamente y se dirigían a la suntuosa morada de Spengler.

El muchacho fué respondiendo a cuantas preguntas le hacía su padre sobre su vida en el colegio, sus costumbres, en fin, todo cuanto había hecho durante su ausencia, hasta que, finalmente, llegaron a la casa y Tom entró en sus habitaciones para afeitarse. El mismo Guillermo se encargó de secarlo, de peinarlo y siguió tratándolo como si fuera todavía el chiquitín que tantas veces durmió en sus brazos.

Fué a colocarse Tom la corbata y al mirarse al espejo quedó de espalda a su padre, quien sintió de pronto que un escalofrío recorría todo su cuerpo. En el bolsillo de atrás del pantalón, Tom llevaba un frasco con licor del que él vendía. Sin decirle nada se lo quitó y le dijo:

—Haces mal en beber, Tom... Un muchacho inteligente y educado como tú no debe beber...

—Bah, está ahora de moda beber—respondió el chico sin darle importancia.

—Pero no debes hacerlo—volvió a decirle el padre, recordando la conversación sostenida aquella misma mañana con Gustavo—. Todo lo que ahora venden es veneno... Y lo peor es que los mismos que lo venden no lo saben... Prométeme que no beberás más...



—Te lo prometo—contestó Tom, para que no le sermonease más.

Salió Guillermo en busca de su esposa para que fuese a ver a su hijo y vió desde lo alto de la escalera un petrimetre que aguardaba en la puerta. Llamó a un criado y le preguntó:

—¿Quién es ese individuo?

—Es el conde de Moretti—respondió el sirviente—. Un amigo de la señora.

Guillermo, creyendo que había sido invitado a cenar por su esposa, entró en el cuarto tocador de ésta y le dijo malhumorado:

—Siento que esta noche hayas invitado a nadie en casa,

Ella por toda contestación se encogió de hombros y exclamó indiferente:

—¿Me quieres dejar en paz cuando estoy arreglándome?

—Pero, ¿no te das cuenta que hace ocho años que no veía a mi hijo?... ¿Es así como piensas recibirle?

—Si me apuras mucho, no lo veré—respondió, malhumorada, Greta.

La discusión fué agravándose en presencia de los mismos criados y Guillermo terminó por marcharse a sus habitaciones para vestirse y estar a punto a la hora de la cena. Se quitó la americana y la arrojó sobre la cama y cuando el ayuda de cámara fué a quitarle los zapatos, exclamó:

—¿No te parece que una señora no debe contestar así a su marido?

El criado se limitó a mover ambigüamente la cabeza

y Guillermo, tal como estaba volvió a donde se hallaba su mujer para decirle:

—Greta, esta noche deberíamos dedicarla por completo a Tom.

—Si te quieres quedar en casa con Tom, quédate... Esta es la noche que acostumbro a salir y me voy—respondió airadamente ella.

—Pues yo te prohibo que salgas con el falderillo que está abajo esperándote—exclamó Guillermo.

Ella lo miró de arriba abajo y exclamó al verlo que estaba a medio vestir:

—Ese será un falderillo, pero por lo menos no se presenta como tú. ¿Te parece bonito estar ahí delante de mi doncella en camiseta?

—¿Querrás enseñarme a mí de modales?—exclamó a su vez Guillermo—. ¿En qué tratado de urbanidad has aprendido tú?

Greta, sin darse cuenta de que estaba en camisa, se levantó de su asiento y fué a empujar a su marido hasta su habitación, diciéndole:

—En el tratado de urbanidad que enseñabas tú detrás del mostrador de la cantina, emborrachando a medio mundo...

El pobre ayuda de cámara no sabía dónde meterse, al ver que la señora se hallaba allí, casi desnuda, hasta que Guillermo le dijo:

—¿Acaso te he enseñado yo a andar en paños menores, entre la servidumbre?

—¡Hago lo que me da la gana!—exclamó Greta, marchándose a su habitación.

Mas en aquella época no le convenia a Greta estar a mal con su marido. Ganaba mucho dinero y ella podía triunfar con el producto de aquel negocio ilícito. Por lo mismo, cuando hubo terminado de vestirse, quiso hacer las paces con él y entró en su habitación diciéndole:

—¿Estás ya arreglado, Guillermo?

—¿Sí, qué quieres?—preguntó malhumorado Spengler.

—Venía —respondió ella humildemente— a pedirte perdón por lo de antes. Sé que no me he portado bien contigo.

—Menos mal que lo reconoces—exclamó Guillermo, dándose por satisfecho—. Pero, sin embargo, veo que estás preparada para salir.

—Si tú quieres, saldré. De lo contrario me quedo en casa—repuso ella.

Los dos esposos se dirigían hacia el comedor y ella, siempre sumisa y salamera, que sabía que era el mejor medio de ganarse la voluntad de él, volvió a decirle:

—Guillermo, sé que eres un caballero y que no me harás quedar mal con el conde. Yo no sabía que viniese esta noche Tom... ¿Déjame salir?

—No comprendes que se enfadará el muchacho, cuando vea que no puede cenar esta noche en familia—contestó Guillermo.

—¿Pero es que tú puedes decirle que cuando él ha llegado yo había salido ya... Todo se puede arreglar con un poco de voluntad. ¿Verdad, que sí?

Y tanto que se arregló. Como que el mismo Guillermo fué hasta la puerta donde esperaba el conde y después de las presentaciones de rigor entregó su mujer a aquel peritometre para que ambos pasasen la velada alegremente.

Pero no estaba de malhumor Guillermo. Se iba su mujer, es verdad, pero le quedaba su Tom. Había mandado hacer una cena especial y entró en el comedor para esperar la llegada de su hijo.

Mientras tanto tomó unas cuantas flores de sobre la mesa y con ellas fué poniendo el nombre de Tom en el lugar que éste debía cupar. Había que ver con qué solicitud, con cuánto cariño el bondadoso padre arreglaba los más mínimos detalles, con el fin de que cuando llegase Tom no echara nada de menos.

Los criados preparados en la puerta esperaban también la llegada del nuevo señorito, mientras que Guillermo lleno de orgullo les iba diciendo:

—Ya veréis qué señorito más simpático os he traído. Es mi hijo Tom. Un muchacho guapísimo, se parece a mí cuando yo era joven.

Los criados sorpreían sin aventurarse a decir nada y Guillermo continuó diciéndoles:

—Habéis de procurar esta noche estar todos atentos para servir a mi hijo, viene de un colegio muy aristocrático y el menor detalle sería suficiente para que él lo observase... ¿Está la cena preparada?

—Para cuando el señor guste—respondió uno de los camareros.

En aquel instante Guillermo miró hacia la puerta y

quedó sorprendido al ver a su hijo elegantemente vestido y a punto de salir. No podía comprender cómo la primera noche, después de ocho años de ausencia, se preparaba a cenar fuera de casa. Se acercó a él y le preguntó:

—¿Por qué te vas tan temprano, Tom?

El muchacho se echó a reír y exclamó indiferentemente:

—¡Caramba, papá! Me olvidé de decírtelo... Tengo un compromiso muy importante.

—Pero es que yo querría cenar contigo esta noche... Estoy completamente solo.

—Otro día será... Comprende que no voy a quedar mal ante mis amistades... ¿Qué dirían de mi formalidad?

—Les dices que yo te he retenido y se harán cargo de todo—insistió su padre.

—Imposible... Son unos muchachos de la aristocracia y para ellos la palabra es antes que nada... No sabes lo que siento este contratiempo.

—Y yo que había mandado hacer una comida especial... Todo lo que a ti te gusta—volvió a decirle condelido su padre.

—Lo siento, papá, pero no puedo quedar mal... Se trata de una cena con varios amigos del colegio... aquellos con quienes tú querías que me relacionara...

—Haz lo que quieras—respondió Guillermo, viendo que era imposible hacer desistir a su hijo—. Cenaré yo solo.

Tom acarició a su padre, que parecía estar enfadado, y le dijo:

—¿Verdad que no estás enfadado conmigo, papá?...



Si supieras lo que siento este compromiso, pero te prometo cenar contigo mañana noche...

Le dió un beso en señal de despedida y salió canturreando a la calle. Subió al auto que lo esperaba y momentos después dejaba atrás su casa, donde su padre quedaba en completa soledad.

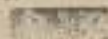
Guillermo ya no se acordó de la cena, sino que en pie en la escalinata por donde había desaparecido su hijo, continuaba con la vista fija por donde aquél se había marchado, mientras dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos.

Al cabo de un rato se acercó un criado y le dijo, respetuosamente:

—La cena está servida, señor.

Como un autómatas, Guillermo volvió al comedor y se sentó a cenar. ¿De qué le servían todas las riquezas? Miró la mesa lujosamente preparada, repleta de ricos manjares y pensó que todo aquello, sin una persona querida que haga compañía, resultaba incluso ridículo.

El criado fué sirviéndole la cena y Guillermo, sin probar casi bocado, se levantó poco después para ir al cuarto de su hijo. Ya que no podía hablar con él, hablaría con todas aquellas cosas que le pertenecían y, por lo menos, se daría el consuelo de creer que lo tenía cerca de él.



## MARIA

Hora es ya de que volvamos la vista hacia atrás y recordemos algunos personajes de nuestra narración que parecen que han desaparecido para siempre. Han pasado ocho años y también en ellos el tiempo ha ido ejerciendo su acción. Hace ocho años que María, la angelical hija de Guillermo Spengler salió de su casa en unión del hombre amado, sin más fe que la confianza que le inspiraba Otto.

Al poco tiempo los dos jóvenes contrajeron matrimonio y empezó para ellos una era de verdadera felicidad. El trabajo no les asustaba y lucharon a brazo partido con el destino hasta que salieron victoriosos en la batalla emprendida. Otto, ejemplo de honradez y bondad supo hacer dichosa a María, y para colmo de felicidad el Cielo les otorgó un precioso niño que fué la alegría de los dos esposos. Pero en medio de aquella dicha un pesar grande agobiaba a María, el no saber nada de su padre. Varias veces intentó ir a la casa donde antes habitaban, pero su marido se opuso siempre, diciéndole:

—No quiero que vuelvas a ver más a tu padre. El te echó de su casa y hasta que no vuelva a ti, no permitiré que te acerques a él.

—Pero eso es imposible—suplicaba María—. Puede necesitar de mí.

—No te preocupes—respondió su marido—. El ya tiene a aquella mujer, la culpable de todo lo que ha pasado.

Cuando se enteró de la orden del Gobierno prohibiendo los establecimientos como el de Guillermo otra vez insistió María en buscar a su padre, pero nuevamente se opuso Otto, diciéndole:

—Piensa que si sales de esta casa, para ir a la de tu padre, no tienes que volver a ella para nada. Todo habrá terminado para nosotros.

—Otto—insistía ella—, es que me han dicho que todos los que tenían el negocio de mi padre han quedado en la ruina.

—Pues que trabaje. Yo también lo hago—contestaba Otto persistiendo en su negativa. Mas así y todo, él no dejaba de inquirir noticias y seguía los pasos de Guillermo en evitación de que le sucediese alguna desgracia. De pronto perdió la pista del viejo y anduvo desorientado algún tiempo, sin poder dar con su paradero. Fueron unos días dolorosos para el bueno de Otto, creía que con su obstinación tal vez hubiese precipitado el fin de Spengler y el temor a que su esposa nunca pudiera perdonarle aquello, lo intranquilizaba hasta el extremo de no poder parar en la casa un momento. María engreída con su pequeñín ape-

nas si se daba cuenta de la transformación de su esposo, ni se fijaba en la constante excitación en que estaba.

Por fin, un día llegó hasta él la noticia del encubrimiento de Spengler. No pudo menos que sentir viva satisfacción al saber que vivía, pero se guardó de decirle nada a su esposa hasta que tuvo la certeza de que era evidentemente la misma persona aquella que le indicaron y la que él había buscado.

Fué al palacio de Guillermo y mediante una buena propina los criados lo pusieron al corriente de todo cuanto le interesaba saber. ¿Es decir—se dijo a sí mismo—que este hombre se ha convertido en millonario y en medio de su lujo y de sus comodidades no piensa en el porvenir que ha podido aguardarle a su hija? Aquel pensamiento indignóle más aún, y cuando volvió a su casa le dijo a María:

—¿Ves, como tu temor, de que le ocurriera algo a tu padre no tenía fundamento?

—¿Sabes algo de él?—le preguntó ansiosamente María.

—Sí—respondió Otto—. Sé que, no sé por qué medios, ha conquistado una posición elevadísima. Es ahora millonario y su casa es un magnífico palacio que nada tiene que desear al del hombre más rico.

—¿Cómo has sabido tú eso?—preguntó dudando de que fuera una broma de su marido.

—Porque el nombre de tu padre suena ahora en todo Nueva York. Sin embargo, poco se le ha ocurrido pensar si tú necesitas de algo...

Ante aquella recriminación María no pudo menos que

bajar la cabeza y Otto, comprendiendo que con sus palabras, había causado un daño a su esposa, que no pensaba, la atrajo hacia él y le dijo cariñosamente.

—Pero, ¿verdad que a ti nada te falta teniendo mi cariño?... Con todo el dinero de tu padre no podríamos comprar esta felicidad que disfrutamos. No seremos ricos, pero somos dichosos.

—Verdad, Otto—respondió María—. Para nosotros la mayor dicha es nuestro amor y el cariño de nuestro pequeño. No puedo por menos que condolarme del desamparo en que mi padre me dejó. Pero, gracias a ti, he podido conocer lo que es la felicidad... ¿Qué hubiera sido de mí sin tu ayuda?

—Yo no hice más que lo que me dictaba mi corazón —siguió diciéndole a su esposa acariciándola—. Le prometí a tu madre que no te abandonaría nunca y he cumplido mi promesa.

La alegre risa de un chiquillo llamó la atención de los dos esposos y María tendió los brazos para estrecharlo.

El niño tendió sus bracitos hacia su madre y los dos se confundieron en un tierno abrazo; Otto los miraba enternecido, hasta que María le dijo a su hijo:

—¿Y a papá, no le das un beso?

El pequeño sonrió angelicalmente a Otto y le ofreció su carita, para que el padre la besara.

—¿Cuánto quieres a tu papá?—le preguntó Otto, dejándose acariciar por el niño.

—Yo te "quero" mucho—respondió el pequeño en su



media lengua—. Te "quero" mucho porque eres mi papáito y porque me "tacs" juguetes.

—¡Ah, bribón! — exclamó riéndose su padre—. Conque me quieres nada más que porque te traigo juguetes?... ¡pues desde hoy ya no te traigo más!

El chiquillo miró compungido a su madre y ésta, estrechándolo contra su pecho, lo consoló diciéndole.

—Di, que no, corazón... Tu papá te quiere mucho y siempre te traerá juguetes.

El cuadro que formaban los tres era en extremo emocionante y denotaba la paz y la dicha que reinaba en aquella casa, que Otto había sabido crear con su trabajo y honradez.

## DESCUBIERTOS

Guillermo había procurado ocultar su nombre como fabricante de bebidas alcohólicas. Cuando empezó a subir se trasladaron de vivienda y en otro barrio aristocrático, donde nadie lo conocía, no tuvo que dar explicaciones de la procedencia de su fortuna y vivió con relativa tranquilidad.

Todas las botellas llevaban un nombre ficticio: el de Hopkins y la policía desde hacía tiempo se dedicaba activamente a buscar el lugar donde se fabricaba la bebida, sin que hasta la fecha sus indagaciones hubieran tenido ningún resultado.

A medida que pasaba el tiempo más estrecha era la vigilancia de ésta, pero el whiskey seguía vendiéndose y no había lugar donde se reuniera la gente joven que no existiese el whiskey Hopkins.

La noche que Tom dejó a su padre solo, fué en busca de sus amigos que lo esperaban en un cabaret y éstos al verlo entrar, exclamaron:

—Creímos que ya no vendrías, Tom.

—Es que he tenido que convencer a mi padre—repuso el muchacho—. Se había empeñado en que cenara esta noche con él.

—Pues sí que lo ibas a pasar distraído—respondió una de las jóvenes que formaban la reunión—. Yo no sé cómo hay muchachos que puedan sufrir la presencia de los viejos todo el día.

—Piensa que ya hace ocho años que no le veía—exclamó Tom, deseando acabar aquella conversación.

Otro de los amigos se echó a reír a carcajadas y exclamó:

—¿Te crees que el que más y el que menos no lleva otro tanto? Pero la vida es para los jóvenes y debemos aprovecharla antes de que se termine.

—¡Llevas razón!—exclamó un tercero—. ¡Viva la alegría!

Llamó a un camarero y le dijo, a la vez que le hacía una seña significativa:

—Tráete unas tazas de te.

Al poco rato apareció el camarero llevando sobre una bandeja varias tazas, pero todas ellas estaban vacías. Hizo una seña a Tom indicándole que el líquido estaba debajo de la mesa y el hijo de Guillermo Spengler sacó del sitio indicado una botella de whiskey, de las que fabricaba su padre. Llenó las tazas de todos y entre carcajadas y bromas transcurrieron varias horas bebiendo sin cesar aquel licor que Spengler había ordenado por la mañana que fuese tirado.

El baile, las mujeres, la bebida y todo aquel ambiente

de bullicio no tardaron en producir en los jóvenes una especie de locura que los hacía inconscientes. Pero ellos seguían bebiendo sin darse cuenta, perdida ya la noción de las cosas.

Cerca de ellos, en una mesa próxima un caballero los miraba sin apartar la vista de la reunión. Era uno de tantos policías secretos que el Gobierno tenía para la represión del contrabando. La policía tenía ciertas noticias de quién era aquel Hopkins, que tanto buscaban, y al dar con el paradero de su hijo no le perdieron de vista, desde que salió del colegio. Estaban seguros que por el muchacho no les sería difícil averiguar donde el padre tenía oculta la destilación de bebidas.

Habían consumido ya varias botellas y se disponían ya a abrir otra, cuando el policía sin poderse contener por más tiempo, se acercó a donde estaba Tom y le quitó la botella que tenía en la mano, diciéndole:

—Le prohíbo que siga bebiendo e instando a estos jóvenes a que beban.

—¿Y usted quién es, para meterse donde no le llaman? Nosotros bebemos, porque para eso se fabrica—exclamó Tom, indignado de la intromisión de aquel extraño.

—En vez de ponerse de esa forma—respondió tranquilamente el policía—. Vaya a decirle a su padre que no envenene más gente... ¡Deberían mandarlo a presidio!

Tom no podía creer que su padre se dedicara al contrabando. Verdad es que jamás se había preocupado de dónde salía todo aquel dinero que gastaban a manos llenas, pero ante las palabras del policía no supo qué contestar y el otro,

creyendo que se hacía el desentendido para no descubrir al fabricante de la bebida, siguió diciéndole:

—No se haga el desentendido... Usted sabe mejor que yo que es su padre el que fabrica el whiskey Hopkins.

—¡Miente!—exclamó Tom—. ¡Mi padre es un caballero y no le permito que le ofenda bajo ningún concepto!

—¡Su padre lo que es, es un contrabandista!—volvió a decirle el otro.

Tom, llevado por su primer impulso, se arrojó sobre el policía y de un puñetazo lo tiró al suelo, mas inmediatamente se levantó aquel y entonces fué para Tom la peor parte de la pelea. En un lastimoso estado, por el exceso de bebida, fué conducido hasta su casa y dejado por sus amigos en la puerta. El muchacho sentía que un fuego interno le abrasaba la cabeza, la vista se le nublaba y un verdadero infierno rugía en su interior. Entró dando tumbos a su casa y su padre que lo vio entrar, exclamó asustado:

—¡Tom, tú estás borracho!

El lanzó una carcajada y exclamó:

—¿Quién tiene la culpa?... ¿Quién es el que vende el whiskey que se consume en toda la ciudad?

—¿Qué quieres decir?—preguntó Guillermo, espantado de que su hijo hubiese adivinado el medio de que se valía para ir acumulando riquezas.

—Tú me entiendes—volvió a decirle Tom—. Esta noche me he convencido de todo.

—¿Pero de qué te has convencido?—insistió preguntando su padre.



—De que eres tú el que está envenenando a toda la ciudad. Todos te conocen ya, y el nombre de Hopkins no es más que un pseudónimo con el cual se oculta el de Guillermo Spengler.

—Te han engañado, Tom—exclamó Guillermo, queriendo todavía que su hijo ignorara la verdad—. Eso te lo habrán dicho los que me envidian...

Pero el alcohol surtía sus efectos. Aquel veneno que Guillermo vendía a precios exorbitantes había intoxicado a su hijo, a aquel ser a quien tanto amaba y por mediación del cual la Providencia venía a castigarlo. Tom sintió como si una nube espesísima le nublara la vista. Los objetos iban debilitándose ante él. Quiso definir la cosas y se vió imposibilitado. Un miedo horrible lo sobrecogió y exclamó:

—¡Padre, estoy ciego!

Era verdad, aquel veneno que había bebido le había atacado a la vista y su desesperación no tenía límite al ver que no podía dar ni un solo paso. Cayó al suelo, a la vez que se llevaba las manos a los ojos y Guillermo corrió a sostenerlo en sus brazos. A los gritos del padre, acudieron varios sirvientes y entre todos lo condujeron a la cama.

—¡Un médico!—ordenó Spengler—. ¡Que se vaya inmediatamente a avisar al doctor!

Salieron todos los criados para cumplir la orden y Guillermo se arrojó sobre su hijo llorando angustiosamente.

—¡Padre!—exclamaba Tom abrazado a él, como en sus tiempos de niño—. ¡Yo no quiero morirme!... ¡Que venga pronto el médico!

—Sí, hijo mío—respondía el padre—. Ahora vendrá y

te pondrás bueno. Dios ha querido castigarme en lo que más quería. Pero todo lo hice por ti, por que fueras feliz, porque no te faltara nada. Mi afán de hacerte dichoso me ha matado.

—Sí, padre—respondió dolorosamente el enfermo—. Ya no te veré más, mis ojos no podrán contemplar más la luz del día... ¡Oh, cuánta pena me queda que sufrir!

—No digas eso, hijo mío—respondía Guillermo, pretendiendo infundirle unos ánimos que él no tenía—. Ya verás como el doctor te devuelve la vista.

Y padre e hijo, abrazados, lloraban desconsoladamente aquella desgracia, que el Destino, implacable, había arrojado sobre Guillermo.

Entre tanto la policía había descubierto la destilería de Spengler y rodearon todo el edificio para poder coger a los culpables. Pero Gustavo había tomado todas sus precauciones para evitar el caer en manos de la policía. Tenía preparado dentro del sitio destinado para el alambique un aparato de alarma, y apenas entró la policía en la casa, empezó a sonar insistentemente.

—¡La policía!—exclamó Gustavo—. ¡Salvarse lo antes posible!

Todos los operarios emprendieron la fuga, pero a medida que iban saliendo caían en poder de los que estaban en la calle. Solamente Gustavo pudo librarse, pues esperó a quedar solo para hacer funcionar una trampa. Se abrió una puerta y por ella se deslizó para fugarse. Volvió a cerrarla de nuevo cuando estuvo dentro y siguiendo un pasi-

llo subterráneo, tan solamente conocido por él y por Guillermo, llegó a la casa de éste.

—¿Está el señor?—preguntó a un criado.

El sirviente empezó a hacer aspavientos y le dijo:

—¡Ay, señorito, Gustavo, qué desgracia más grande ha ocurrido!

—¿Qué pasa? — preguntó asustado Gustavo, creyendo que Guillermo había sido detenido y que se habría marchado con el dinero.

—Que el señorito Tom, se ha puesto muy grave. Su padre está con él y el doctor en la habitación.

Corrió Gustavo a donde estaba su cómplice y quitándolo a viva fuerza de la cama donde el doctor operaba, le dijo:

—La policía ha descubierto la procedencia del whiskey y está en la fábrica. No sería nada extraño que viniera a hacerle una visita...

Pero Guillermo no le entendía. En aquel momento no tenía más pensamiento que su hijo y todo lo demás le importaba poco. Gustavo, sin embargo, siguió diciéndole:

—Con el dinero que tiene en casa podemos ir lejos de aquí, donde nadie nos encuentre...

Guillermo, sin hacerle caso se desprendió de él y fué a donde estaba el médico y le dijo suplicándole:

—¡Doctor, sálmelo, le daré todo cuanto tengo!... ¡Que no se muera mi Tom!

—Esté tranquilo—respondió el doctor—. Le he dado un antídoto y creo que le salvaremos, pero quedará ciego...

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Guillermo, dejándose caer

sobre una butaca—. ¡Cuán fuerte me castigas!... ¡Mi hijo ciego, ciego en lo mejor de la vida!...

El médico, le dirigió algunas frases de consuelo y salió de la habitación, donde acababa de entrar Greta.

—¿Qué ha pasado?—le preguntó a Gustavo.

—El viejo se ha vuelto loco—respondió éste—. La policía está a punto de llegar y él no quiere marcharse porque no sé lo qué le pasa a Tom en los ojos...

—¡Es preciso huir!—exclamó Greta llegándose a donde estaba Guillermo. Pero éste embriagado por su intenso dolor, ni siquiera le hizo caso.

Intentó Greta inútilmente volverlo a la realidad y en vista de que eran inútil todas sus tentativas, exclamó despectivamente:

—Si quieres ir a presidio para toda la vida, ves enboramala, pero deja que los demás nos salvemos, dame las llaves de la caja.

Tampoco obtuvo respuesta. Guillermo seguía llorando y Greta desesperada le dijo a Gustavo:

—Intentemos nosotros abrirla sin llave. Es el único recurso que nos queda.

Los dos antiguos amantes corrieron hacia el lugar donde estaba la caja y Gustavo, maestro en todas estas artes, no tardó en abrir la puerta, e incautarse de cuanto había.

—Recoge también tus joyas—le dijo a Greta—. Todo cuanto podamos llevarnos será necesario.

—¿Y el viejo?—preguntó ella.

—Que lo manden a presidio!—exclamó despiadadamente Gustavo—. Después de todo para lo que le queda

que hacer en este mundo... Lo principal es que nos salvemos nosotros...

Momentos después los dos cómplices tomaban el mismo coche que había traído Greta y se alejaban de la ciudad, antes de caer en manos de la policía. En un segundo todo aquel edificio que parecía cobijo de dicha y felicidad se venía abajo. Sus muros se tambaleaban y no tardó muchas horas, sin que los cimientos sufrieran también el efecto de aquel terremoto.



## EN PRESIDIO

Las primeras luces del alba iban filtrándose por las ventanas de la suntuosa mansión de Spengler, cuando varios policías aparecieron en la puerta. El criado, sin poder comprender la presencia de aquellos hombres allí, se apresuró a preguntarles:

—¿Qué desean?

—Venimos en busca de Guillermo Spengler. ¿Está en la casa?

—¡El señor no ha salido de la habitación del señorito—respondió el criado—. ¿Quieren que le pase aviso?

—No es necesario—contestaron los representantes de la Ley—. Guíanos a donde está.

El sirviente no tuvo más remedio que cumplir los deseos de la policía y llevó a ésta hasta donde estaba Guillermo, que en toda la noche no había querido acostarse para poder estar al lado de Tom.

El que parecía jefe de ellos, se acercó a donde estaba Guillermo y le dijo:

—Guillermo Spengler, queda detenido.

Spengler dió un salto y al ver ante él a los policías comprendió toda la verdad. Quiso, no obstante, rehuirse y preguntó:

—¿Por qué me detienen?



Usted es una mujer que no se puede olvidar



- ¡Perdóneme!



- ¿Por qué le da papá una carta a mi hijo?



- ¿Verdad, papá, que no eres "hombre"?



Siguió tratándola como si todavía fuese un niño.



Fue hacia la puerta donde esperaba el coche.



Su primer impulso fue arrojarse en sus brazos.



- Te regalaré un poco de dulce.



—Por contrabandista. Ha sido descubierta la fábrica y también el pasillo que comunica con esta casa.

—Pero yo soy inocente—protestó débilmente Spengler.

—Eso lo probará usted ante quien deba—respondió el policía—. Por ahora acompañenos.

Tom que había oído esta conversación, exclamó dolorosamente:

—¡Papá, no te vayas, no me dejes solo...

El viejo se abrazó a su hijo, como si quisiera protegerse entre sus brazos, pero los que le tenían sujeto, consiguieron separarlos y empujándole sin consideración alguna se lo llevaron detenido.

El caso de Guillermo Spengler produjo una gran especulación en la opinión pública. Todos los ánimos estaban en contra de aquel individuo a quien acusaban de envenenador de la ciudad.

También llegó la noticia a María. Una mañana leyendo un periódico, vió la fotografía de su padre, que aparecía en la cárcel, y exclamó:

—Otto, ahora no puedo dejar de ir a ver a mi padre. Está en la cárcel, sufre y jamás me perdonaría el abandonarlo.

Mas Otto impasible, como siempre, sobre aquel particular, le volvió a decir:

—No quiero que vuelvas a ver a tu padre... Mató a tu madre, envenenó a tu hermano, te abandonó a ti... Te prohibo terminantemente que lo vuelvas a ver.

—Pero, ¿y mi hermano?—exclamó ella.

—Tu hermano tendrá aquí una casa. Vivirá con nos-

otros, porque él no tiene la culpa. En su vida no ha hecho otra cosa que seguir los consejos de tu padre que, con su educación, le ha buscado su ruina. El es inocente y justo es también que no pague el pecado que otro cometió.

—¡Gracias, Otto!—exclamó María—. Temía que tampoco quisieras que me trajese a mi hermano.

—Descuida—respondió su marido abrazándola—. Tom será un hermano para mí, y nada le faltará, por lo menos tendrá cariño, que es lo que no ha tenido nunca, porque el de tu padre ha sido más bien perjudicial.

No esperó María hacerse repetir aquellas palabras, sino que inmediatamente salió en busca del joven, no sin que antes le dijera su esposo:

—Escucha bien lo que te digo, María. Si algo tiene Tom, déjalo todo en la casa de tu padre; no quiero que entre aquí con nada que no sea exclusivamente nuestro.

—Descuida—respondió María—. Ya había pensado yo lo mismo.

Besó cariñosamente a su mujer y la vio alejarse corriendo hacia la casa de su hermano.

Habían bastado solamente unos días para que la suntuosa morada de Guillermo Spengler ofreciera un aspecto bien distinto del que tenía cuando en ella habitaba su dueño.

La justicia se había hecho cargo de cuanto quedaba en ella y los criados habían sido despedidos. Solamente quedó uno para cuidar de Tom hasta que se acordara su traslado a un asilo.

María llegó allí y preguntó al sirviente:

—¿Vive aquí el señor Spengler?

—El señor Spengler está en la cárcel—respondió el sirviente con esa manifiesta satisfacción que sienten algunos seres al ver la caída del que tuvieron por encima de ellos—. Si quiere usted algo de él tendrá que ir allí.

—Es que yo venía buscando a su hijo—volvió a decir María—. Soy su hermana y venía a hacerme cargo de él.

—Pues viene usted que ni llamada—le contestó nuevamente el criado—. Precisamente hoy se lo iban a llevar al Hospicio de Ciegos.

Cuando por el criado entró a donde estaba su hermano y al verlo en aquel lastimoso estado exclamó angustiada por el dolor:

—¡Tom, hermano mío!

El muchacho, aun cuando hacía bastante tiempo que nada sabía de su hermana, reconoció inmediatamente la voz de ella y respondió, alargándole los brazos, como buscando su apoyo:

—¡María, acércate, estoy ciego y no puedo verte! ¡Qué desgraciado soy!

—No te aflijas—le respondió María—. Yo he venido por tí, para llevarte conmigo y que no te separes nunca.

—¡Qué buena eres, María — exclamó enternecido su hermano—. Yo no me merezco que me quieras así. He sido un ingrato contigo, el lujo y la vida de ostentación que llevaba me sumieron en un estado de inconsciencia que no me dejó tiempo de acordarme de nada, ni nadie.

De pronto como si un pensamiento doloroso acudiera a su cerebro, se apartó de su hermana y le preguntó:

—¿Y Otto?

—Es mi marido y él es quien me envía a buscarte. Se ha enterado de la desgracia ocurrida y no quiere que te falte nada... Ahora nos iremos a casa y allí volveremos a ser felices...

Fueron a salir, pero el criado se interpuso diciéndoles:

—Lo siento, señorita, pero este joven no puede salir de aquí... Es la orden que tengo de la policía...

—Pues avise usted para que vengan—exclamó María—. Yo necesito llevármelo.

—Espere un momento que ya no tardará en llegar el Comisario—volvió a decirle el criado.

En efecto, algunos minutos después se presentó un policía y al ver a la joven le preguntó, extrañado de su presencia allí:

—¿Es usted acaso la novia de este joven?

—No señor—respondió María—. Soy su hermana y he venido para llevármelo a mi casa.

—Veó muy bien su acción, ¿pero cómo es que no vivía usted con su padre?

—Porque estoy casada y mi marido no se trataba con él.

El policía, hombre prudente ante el dolor de aquellas seres que eran inocentes, no insistió en sus preguntas y terminó diciéndole:

—Yo siento mucho no poder acceder a su deseo, no obstante, los llevaré a ustedes en presencia del Comisario y haré cuanto pueda para que él deje en libertad a este joven. Si quieren, podemos utilizar el coche que yo he traído para llevármelo.

Salieron de la casa y media hora después los dos her-



manos se encontraban en presencia del Comisario a quien el policía puso al corriente de todo lo que se trataba.

El Comisario empezó recelando de la veracidad de las palabras de María, mas pronto, ante la ingenuidad de sus respuestas, se convenció de que era verdad y le dijo:

—No hay ningún inconveniente en que se lleve usted a su hermano, únicamente que necesito que me dé su dirección, por si acaso fuese precisa la presencia del joven en el acto de la vista.

Entregó María la dirección de su casa y abrazada a su hermano corrió hacia su hogar, hacia aquel hogar sencillo y sin lujo alguno, pero donde se respiraba la felicidad y la dicha.

Después de varias semanas en las que los periódicos no dejaron de hablar del sensacional asunto del contrabando, llegó el día de la celebración de la vista.

La sala donde había de celebrarse el juicio estaba abarrotada de público, de esa parte del pueblo ávido siempre de las grandes emociones. En el banquillo de los acusados se hallaba Guillermo Spengler. Nadie hubiera reconocido en él al poderoso Spengler que algunos días atrás triunfaba y parecía amasar millones. Su cabello se había vuelto blanco por completo y un surco morado rodeaba sus ojos, como señal de su sufrimiento y de las lágrimas que había derramado en aquellos días. Su estatura, antes erguida, se mostraba ahora encorvada bajo el peso del dolor y su aspecto impresionaba a la vez que producía una compasión infinita.

El Presidente de la sala dió la voz de audiencia pública y pronto quedaron llenas las tribunas destinadas al público,



Empezó el fiscal haciendo una relación de los hechos y nuevamente insistió acerca del procesado para que declarase el lugar donde se hallaban sus cómplices.

—No puedo decir más de lo que he declarado—respondió Guillermo Spengler—. Los miserables aprovecharon los momentos de dolor por que pasaba al ver a mi hijo en tan triste estado y se llevaron cuanto poseía...

—Sin embargo—continuó diciendo el fiscal—, uno de sus criados ha declarado que estuvieron hablando con usted momentos antes de ser detenido por la policía.

—Es verdad—respondió Guillermo—. Me hablaron de la huida y de no sé qué cosas de dinero; pero repito que de nada pude darme cuenta por el estado de ánimo en que me encontraba.

—¿Y cómo sabía ese Gustavo, dónde guardaba usted el dinero?—volvió a decirle el fiscal.

—Porque se lo diría mi esposa. Ella le indicaría el lugar donde estaba escondida la caja y entre los dos lograron abrirla... Es todo lo que puedo decir.

Al terminar el interrogatorio, Spengler se dejó caer sobre el banquillo y con la cabeza apoyada en las manos, no se dió cuenta siquiera de la defensa que le hacía su abogado. El discurso de éste, presentando a Guillermo Spengler como a un hombre sin voluntad propia, influenciado por aquella aventurera, su estado actual, el dolor por que pasaba en aquellos momentos al saber a su hijo ciego, por cuyo cariño había llegado a aquella situación, llegó a conmover al Tribunal y la sentencia fué condenándolo a la pena mínima.

El defensor se acercó a Guillermo y le felicitó, diciéndole:

—Enhorabuena, hemos salido lo mejor posible.

Spengler se encogió de hombros, como dando a entender que poco le importaba la prisión y preguntó ansiosamente:

—¿Y mi hijo?... ¿Podré volverlo a ver?

—No se preocupe por su hijo—le respondió el defensor—. Está en buenas manos y nada le faltará. Es poco tiempo el que tiene usted que estar encerrado y cuando cumpla ya volverá nuevamente a su lado.

Guillermo movió penosamente la cabeza y suspiró tristemente.

—Es inútil que quiera darme alientos. Mi vida se acabará en el presidio y ya no volveré a ver más a mi Tom... Para un pobre viejo como yo, es la única alegría, lo único que podría hacerme desear la vida.

—Pues por lo mismo—terminó diciéndole el abogado—. Hay que ser fuerte y pensar que detrás de las rejas del presidio le espera a usted el cariño de su hijo.

Conducido por dos policías salió Guillermo de la sala, sintiendo sobre su rostro el peso de las miradas de todos aquellos curiosos que habían ido a presenciar la vista de la causa.

Y el opulento Spengler, el que en otro tiempo tiró el dinero a manos llenas, quien tuvo a su disposición una verdadera legión de servidores, se vió en la necesidad de tener que ir todos los días con la olla del rancho repartiendo a los reclusos sus raciones.

## EN LIBERTAD

La prisión de Guillermo Spengler había puesto en el hogar de María una sombra de tristeza. Su corazón tan lleno de bondad no podía sufrir el dolor que le causaba la triste vida que llevaba su padre.

En más de una ocasión la sorprendió su esposo llorando y llegó a preguntarle:

—¿Qué es lo que tienes, María?

—Nada—respondía ella, pretendiendo ocultar la pena que la ahogaba—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque desde hace algún tiempo no eres la misma. Se ve en ti cierta tristeza, cierta melancolía que nunca has tenido.

—Figuraciones tuyas—respondía sonriendo María.

—No son figuraciones, María. Desde que tu padre está en la cárcel no eres la mujer alegre que llenaba esta casa con su risa. Nada te distrae y siempre huyes de mi presencia, como si te causara enojo.

—No es eso, Otto—exclamó por fin María, confesándole toda la verdad—. Es que sufro al pensar en mi padre... No vivo tranquila sabiendo que él padece.

—Poco le importó a él tu dolor cuando te echó de la casa—exclamó Otto—. Todo lo que le pasa se lo ha busca-

do él. A ti te arrojé a la calle por una mujercuela que luego lo ha abandonado... ¿Y todavía quieres que tenga compasión de él?...

—Yo no te pido nada—respondió María—. Comprendo tu indignación, pero yo soy su hija y no puedo olvidar que le debo mi existencia... Algo así, como la voz de mi madre, me dice que es obligación mía el protegerle y no dejarle abandonado en medio de su soledad.

—Bueno, acabemos de una vez—exclamó su marido—. ¿Qué es lo que pretendes?

—Que veas la manera de que salga del calabozo, de que lo dejen en libertad... Es lo único que te pido... Su falta no fué grande y con su conducta es fácil obtener el indulto.

—Yo te prometo que lo haré—respondió Otto—. Pero ha de ser después de tener tu promesa de que no has de volver a verle.

—Yo haré cuanto tú quieras, pero sácame a mi padre de la cárcel—suplicó María.

Desde aquel día Otto buscó por todos los medios que estuvieron a su alcance la libertad de Guillermo, hasta que por fin un abogado se encargó de la causa y a los pocos días le dijo:

—Hemos ganado el asunto, amigo mío. Esta tarde quedará su suegro en libertad.

—Entonces le queda todavía que hacer una nueva misión y es la de entrevistarse con él y decirle los descos de sus hijos, que son lo de entregarle cinco mil dólares, pero con la condición de que no volverá a preocuparse de ellos.

Sacó de la cartera la cantidad ofrecida y se la entregó al abogado.

Hasta el último momento Otto había creído cumplir con su deber y terminado aquel asunto volvió a su casa para darle a su mujer la feliz noticia de que su padre quedaría en libertad.

—Además le he entregado al abogado cinco mil dólares, para que pueda buscarse la vida—le dijo—. Creo que con este dinero podrá pasar los años que restan de existencia.

—Gracias, Otto—exclamó María abrazándole—. Eres mucho más bueno de lo que yo creía. No sé cómo podré pagarte nunca todo lo que has hecho por mí.

—¿Quieres que yo te lo diga? —respondió sonriendo Otto.

Ella lo miró sin comprender lo que iba a decirle y su esposo cogiéndole la cabecita entre sus manos la acarició bondadosamente mientras le decía:

—Puedes pagármelo abandonando tu tristeza, siendo otra vez la persona que alegraba esta casa. Podemos ser todavía muy dichosos. Tom cada día está más conforme con su triste ceguera porque ha encontrado entre nosotros el cariño que necesitaba, nuestro pequeño es fuerte y saludable y yo soy feliz teniendo tu amor... ¿Quieres más dicha para unos pobres como nosotros?

—Llevas razón, Otto, y te prometo que desde hoy seré lo que siempre he sido... Reiré, cantaré y no tendrás nunca que reprocharme nada.

Y los dos esposos como si estuvieran en plena luna de



miel, se estrecharon en un fuerte abrazo, símbolo del puro amor que unía sus corazones.

Como había dicho el abogado, Guillermo Spengler iba a ser puesto en libertad. Aquella tarde cuando le comunicaron la noticia, le dijo el encargado de la prisión.

—Antes de marcharse pase por la dirección que hay un señor que le espera, para hablarle de un asunto importante.

Inmediatamente corrió Guillermo al despacho del director, presintiendo que se trataba de algo de sus hijos.

Una vez allí se le presentó el abogado diciendo:

—Soy el abogado de su yerno y vengo a hablarle de sus hijos.

Guillermo prestó atención esperando que aquel hombre le dijese su cometido.

—Yo le entregaré—siguió diciendo el abogado—cinco mil dólares para que usted pueda buscarse la vida, pero con la condición de que me prometa que no volverá a verlos, ni a comunicarse con ellos de ninguna manera.

Puso sobre la mesa los billetes que había recibido de Otto, pero Guillermo, con un gesto de dolor los rechazó, diciendo:

—Guárdese ese dinero. Yo no quería ver a mis hijos para pedirles nada. Solamente mi cariño de padre me llevaba hacia ellos, pero puesto que ellos me rechazan, sufriré con resignación la culpa de mi pecado.

—Piense usted que esta es su salvación—volvió a decirle el abogado.

—¿Y qué me importa a mí nada en el mundo?... Todo lo que me podía mantener el deseo de vivir eran ellos. Sin

darme cuenta, solamente con el afán de hacer feliz a mi Tom, le he buscado su ruina... El pecado de los padres es éste, el criar a los hijos con exceso de cariño... Ese afán desmedido que sentimos hacia su porvenir es lo que a veces nos hace perder hasta su estimación.

—¿Entonces se niega usted decididamente a recibir esta cantidad?—preguntó el abogado.

—Ya le he dicho mi última palabra... Puede usted decirles que jamás me interpondré en su camino... Que sean felices es mi único deseo y que cuando haya pasado algún tiempo y se enteren de que he muerto que recen por mí, pensando que todo lo malo que he sido ha sido únicamente por buscar su felicidad...

Las lágrimas ahogaban al pobre viejo y el abogado emocionado por aquella escena, terminó diciéndole:

—Puesto que no acepta usted la ayuda que le prestan sus hijos, déjeme por lo menos que yo le favorezca en algo.

—Gracias, pero no necesito dinero. Soy pobre pero sabré ganarme la vida—exclamó Guillermo, rehusando el ofrecimiento del abogado.

—No se trata de dinero—le dijo éste—. Se trata de una recomendación a un amigo mío, para que le dé trabajo.

—¿Es verdaderamente cosa suya?—preguntó indeciso Guillermo.

—Se lo prometo—respondió su defensor.

—Si es así, fío en su palabra y acepto.

El abogado sacó una tarjeta del bolsillo, escribió en ella varias palabras y se la entregó a Guillermo, diciéndole:

—Puede usted ir a esta dirección y el dueño del establecimiento no le negará el trabajo que pido para usted...

Guillermo tomó la tarjeta que le ofrecía el abogado y éste, ofreciéndole la mano se despidió del presidiario.

Aquella misma tarde fué Guillermo puesto en libertad y pudo respirar a sus anchas el aire puro de la calle. Andaba sin rumbo fijo, sin saber donde dirigir sus pasos y sintiendo como si todo aquello que le rodeaba fuese extraño para él. Le parecía que la gente al verlo pasar se fijaba en él y le señalaban con el dedo. Hasta tuvo miedo de mirar a los transeúntes y con la cabeza baja, anduvo durante varias horas con una inconsciencia inaudita. El que había deseado con tanto afán el momento de volver a verse libre para estrechar entre sus brazos a sus hijos, sintió hasta pena de haber dejado el presidio. Allí por lo menos estaba acompañado, pero en el torbellino de la gran ciudad se veía completamente solo.

Llegó la noche y Spengler se encontró ante el dilema de no poderse cobijar bajo techado. Había rehusado el dinero que le ofreció el abogado y ahora se encontraba sin dinero y sin una mano amiga que se le tendiese.

En su peregrinación de aquella noche llegó hasta la morada en que en otro tiempo había vivido y contempló aquel edificio en el que durante tantos días había sido cobijo de sus ilusiones. Se acercó a la puerta y vió a varios criados que iban de un lado a otro. Ninguno le conocería, eran gentes nuevas, otros seres que disfrutaban ahora de aquella dicha tan efímera para él.

Un pensamiento cruzó por su mente y su rostro adquirió una expresión de indignación, la figura de Greta, de aquella perversa mujer, origen de todas sus desdichas aparecía ilusoriamente ante él y extendió los brazos, como si quisiera estrujar entre ellos el cuello de la aventurera.

En un reloj próximo sonaron las doce campanadas de la media noche y Guillermo Spengler, agotadas todas sus fuerzas se dejó caer sobre el quicio de la puerta y quedó dormido.

## AMOR Y VENGANZA

En posesión de todo el dinero que Guillermo guardaba en la caja, Greta y Gustavo emprendieron la huida, comprendiendo que en la ciudad corrían peligro de ser descubiertos. Con nombres ficticios lograron embarcar con rumbo a Europa y allí siguieron la vida de disipación que llevaban en América. El dinero era como agua que se escapaba de sus manos, sin pensar que no tardaría mucho en terminarse. Mas el espíritu aventurero de ambos no los prevenía contra este peligro y seguían gastando sin tasa alguna.

Cosa extraña, Gustavo que jamás había sentido por Greta el menor amor, experimentó en esta nueva época de su vida una gran pasión por la aventurera, que le dijo cuando él se la confesó:

—No te pongas cursi, Gustavo. Ya sabes que nosotros no nos hemos querido nunca. Hemos sido dos buenos amigos, que nos hemos ayudado, y nada más.

—¿Acaso llegaste a enamorarte del viejo Spengler?— preguntó irritado Gustavo.

Greta lanzó una carcajada, riéndose de la ocurrencia de su antiguo amante y le dijo de nuevo:

—Ya sabes que no me importó nunca aquel viejo. Era un imbécil y lo necesitábamos para nuestro negocio... Lo aguantaba por ti... y por mí. Porque era la única manera



de hacernos ricos, pero varias veces estuve tentada de echarlo todo a rodar y huir de su lado.

—Hubieras hecho una locura—exclamó Gustavo.

—Desde luego — respondió Greta—. Una locura tan grande como la que tú me propones ahora.

—Esto no es ninguna locura, Greta. Nosotros nos hemos querido, nosotros...

—No sigas—le atajó ella—. Eso que tu llamas amor no ha existido nunca entre nosotros... Ha sido, como si dijéramos un deseo, algo más bajo todavía, una complicidad en nuestros asuntos.

Gustavo no quiso insistir más por aquel día, pero empezó a sufrir el tormento de los celos, seguro de que Greta amaba a otro hombre. Siguió sus pasos, sus menores acciones fueron estudiadas por él y no tardó en hallar la clave de la negativa de Greta. En el mismo hotel donde paraban había un caballero que vestía con irreprochable distinción. Desde que vió a Greta fué su asiduo galanteador y la aventurera tardó poco tiempo en sentirse atraída hacia aquel ser que parecía ejercer sobre ella una fuerza de fascinación extraordinaria.

Una tarde, mientras que Greta tomaba el té, él la contemplaba desde una mesa próxima sin atreverse a decirle nada, puesto que la acompañaba Gustavo. Mas al marcharse éste, el caballero se insinuó más aún con sus miradas y Greta sonrió, provocativamente. Dejó caer disimuladamente su servilleta y el galanteador se apresuró a recogerla y en el momento de entregársela estrechó fuertemente la mano de ella, que respondió al apretón de mano con otro signifi-

cativo. Aquello le dió ánimos a él y se acercó a la mesa que ocupaba Greta, diciéndole:

—Permítame que aproveche este momento que la encuentro sola. Siempre va usted acompañada de ese caballero y no me ha sido posible el hablarla.

—¿Tanto interés tenía usted en ello?—preguntó coquetamente Greta.

—Es lo único que me ha retenido aquí, desde hace una semana. Su presencia me atrae y estoy seguro de que el hombre que conquistó su amor, será el más feliz del mundo—respondió con vehemencia el enamorado—. ¡No puede darse idea de los celos que me inspira al verla siempre junto a ese hombre.

—¡Bah!—exclamó ella en tono indiferente—. Es un pobre ser inofensivo.

—¿Entonces no le ama?—preguntó nuevamente el otro.

—Jamás nos ha unido otro sentimiento que el de la pura amistad. Nos criamos juntos desde pequeños y jamás nos hemos separado.

Hacia un rato que los dos se hallaban hablando, cuando apareció Gustavo. Al verlos se alejó rápidamente y sin que ellos pudieran distinguirlo espió todo lo que hacían.

Greta se levantó de su asiento y tomando el brazo que le ofrecía su galanteador salió del hotel. Subió a un auto que había en la puerta y desapareció en unión de aquel hombre.

Gustavo los vió alejarse y cerrando los puños exclamó:

—¡Yo te juro que me las pagarás!... ¡Crees acaso que es tan fácil reírse de mí! Siempre has estado acostumbrada a mandar, pero desde hoy seré yo el amo, el que disponga,

el que ordene y no permitiré que ningún otro hombre se interponga entre los dos.

Entró nuevamente en el hotel y esperó tranquilamente que llegase la noche. Volvió Greta y se abstuvo de decirle una sola palabra de lo que había visto.

—¿Dónde has estado?—le preguntó.

—He ido de tiendas—respondió Greta, a la vez que arrojaba sobre una silla su rico gabán de pieles.

—Sin embargo—le contestó Gustavo—, veo que no has comprado nada.

—Pues te equivocas—exclamó provocativamente Greta—. He comprado varias cosas y mañana las traerán.

Gustavo no quiso agriar más la conversación y salió con ella al comedor donde ya estaba el otro esperándola.

Dando prueba de una serenidad asombrosa Greta se acercó a él y lo presentó a Gustavo diciéndole:

—Es el señor Kellog, un íntimo amigo mío.

Los dos hombres hicieron una correcta reverencia y Greta volvió a decir:

—¿Quiere usted acompañarnos en nuestra mesa?

—Acepto, encantado... si el señor no tiene inconveniente...

—Me verá muy honrado con su compañía — contestó Gustavo conteniendo a duras penas la indignación que le ahogaba.

La cena transcurrió sin ningún incidente y al terminar el señor Kellog propuso a Greta el dar un paseo.

—Iremos a la Opera—le dijo—. ¿Le gusta a usted la música?

—¡Oh—exclamó ella—, la música es para mí lo mejor que se ha creado!

—¿Y usted no nos acompaña?—le preguntó a Gustavo.

—Gracias—respondió éste—. No me encuentro muy bien. Le ruego que me perdone por esta vez.

—Entonces hasta luego—le dijo Greta al salir acompañada de su nueva conquista.

Gustavo, ni siquiera contestó a la despedida de ella y subió a su cuarto, decidido a tener una explicación definitiva con Greta, en cuanto volviera del teatro.

Pasaron las horas angustiosamente para Gustavo, hasta que al fin oyó unos pasos que se acercaban a la habitación inmediata y reconoció los de Greta. Un murmullo de palabras le hizo comprender que estaban despidiéndose los dos amantes y el chasquido de un beso puso fuego en sus venas. Momentos después entró al cuarto de Greta que se hallaba de espaldas a la puerta y sin siquiera volver la cara, le preguntó:

—Creí que estarías acostado y por eso no he entrado a darte las buenas noches.

—Sin embargo, yo he querido ser más galante viniendo a dártelas—repuso Gustavo—. Además tenemos que hablar de asuntos muy importantes.

—Podemos dejarlo para mañana—exclamó Greta—. No creo que sea hora de ponernos a discutir...

—¡Es que es preciso que sea ahora mismo!—le contestó enérgicamente Gustavo.

Ante el tono de autoridad con que fueron pronunciadas aquellas palabras Greta se volvió, exclamando:



—¡Ya puedes hablar!

—¡Quiero que me digas donde has estado esta tarde!... Me consta que te has pasado el día con ese sujeto...

—¿Y tú me puedes decir, con qué derecho me interrogas?... ¡Soy dueña de mis actos y puedo hacer lo que más me convenga, sin necesidad de darte explicaciones.

—¡Greta—exclamó él, conteniéndose a duras penas—, piensa lo que dices y ten en cuenta que estoy decidido a todo, antes que a perderte!

—Puedes hacer lo que más te plazca—volvió a decirle ella provocativamente—. Ya sabes que tus amenazas no me asustan. Para seguir de esta forma lo mejor es que terminemos de una vez. Estoy ya harta de tus ridículos celos.

—¿Acaso has pensado dejarme?—exclamó él—. ¡Ah, miserable, bien veo ya todo tu plan. Piensas huir con tu nueva conquista, pero yo te juro que no lo conseguirás. Mataré a ese hombre, si es preciso.

Echó a andar hacia la puerta y Greta, sintiendo por primera vez en su vida un miedo horroroso, se interpuso entre su ex amante y la puerta, diciéndole:

—No saldrás de aquí. Gritaré, pediré auxilio y te denunciaré como un individuo perseguido por la Justicia.

—¡Calla!—gritó él, poniéndole la mano en la boca, para impedir que alguien pudiera oír sus gritos. En un gesto desesperado Greta mordió en la mano a Gustavo, que tuvo que soltar la presa y ella empezó a gritar:

Sin saber lo que hacía, aterrado por los gritos de Greta, sacó una pistola y disparó sobre ella diciendo:

—Así callarás de una vez!



La bala hizo blanco y Greta cayó sobre el suelo sin vida. Gustavo, antes que nadie pudiera entrar abrió la puerta secreta que unía el cuarto de Greta al suyo y desapareció del hotel, donde el ruido de la detonación había suscitado la consiguiente alarma.

Cuantos intentos se hicieron para devolver la vida a la joven fué inútil. También ella había pagado sus culpas y la que tantas veces había visto los hombres humillados a sus pies, en la hora de su muerte se vió completamente sola, sin una mano amiga que le cerrase los ojos.

## RECONCILIACION

Las primeras brisas de la primavera iban animando los pascos y jardines de la gran ciudad. Las gentes humildes acudían a las diversiones de sus barrios, para respirar un poco el aire saturado de las flores. La Naturaleza parecía adquirir nueva vida y el alma se ensanchaba ante el espectáculo maravilloso que ofrecían los mil colores de las flores vivificadas por un sol redentor.

El único que conservaba de todos nuestros personajes el alma en plena tiniebla era Guillermo Spengler. Durante mucho tiempo vagó por la ciudad, recurriendo incluso a la bondad de las gentes caritativas para poder encontrar un pedazo de pan con que mitigar las necesidades de su estómago. Para él le era todo indiferente, ¿qué le importaba cuanto sucediese a su alrededor?... ¿quién podría consolarlo en sus tristezas, ni reír con sus alegrías? Era un ser anónimo, un ser vivo pero enterrado en el barullo de la gran ciudad que parecía absorberlo.

Por fin se decidió un día a acudir a la dirección que le había dado el abogado y se presentó a un restaurante de pobre apariencia. Apenas le entregó la tarjeta al dueño éste leyó su contenido que decía:

"Querido amigo: El dador de la presente, un hombre verdaderamente necesitado y a quien tengo gran empeño en

servir, le pedirá trabajo, procure complacerle y le quedará agradecido su amigo,

*A. R. Mington."*

—Hace tiempo que lo esperaba—le dijo el dueño—La persona que lo recomienda a usted es un buen amigo mío, que me salvó en cierta ocasión de ir a la cárcel. Desde ahora puede usted quedarse aquí. No ganará mucho dinero, pero por lo menos podrá ir viviendo.

—Gracias—contestó Guillermo—. Mi única aspiración es el poder ganarme el sustento.

—¿Usted ha sido también cliente de este señor?—le preguntó el dueño.

—Sí—respondió bajando los ojos Spengler—. Yo soy Guillermo Spengler. Mi nombre será suficiente para decirle todo cuanto yo pudiera explicarle.

—Ya recuerdo—exclamó el dueño—. Su nombre fué célebre durante algún tiempo, cuando fué descubierto algo sobre el whiskey, ¿verdad?

—En efecto—contestó Guillermo—. La celebridad de mi nombre es por cierto bien triste.

—Pero y el dinero que ganó usted en el negocio y que no se ha podido dar con él?—inquirió curiosamente—. Todos lo creen a usted con bastante dinero.

Sin embargo, soy más pobre que una rata—respondió Guillermo—. Todo cuanto tenía se lo llevaron dos miserables. Ellos fueron quienes me indujeron a dedicarme al inicuo negocio y cuando se vieron perdidos huyeron con todo lo que poseía. He pasado días de verdadera mi-

seria, pero nada me hubiera importado, si al salir del presidio hubiera tenido la alegría de poder abrazar a mis hijos.

—¿Acaso han muerto?—preguntó el dueño.

—Lo mismo da—suspiró tristemente Guillermo—. En mi juventud todo mi afán fué el de poderle ofrecer a mi hijo una posición desabogada. El excesivo cariño de padre fué también otra de las causas que me cegó y ahora, cuando viejo y vencido por la desgracia pretendía cobijarme en sus brazos para llorar mis penas, ellos me rechazan y me abandonan.

Los hijos son siempre así—le dijo el dueño del establecimiento—. Es el pago que suelen darnos, la ingratitud.

—Yo no puedo quejarme más que de uno, de mi Tom, la otra, María, debe recordarme siempre con desprecio, porque la fascinación de una mujer me hizo incluso echarla de mi casa... Desde entonces nada sé de ella, si vive o si ha muerto...

Se llevó las manos a los ojos y secándose una lágrima terminó diciendo:

—Tal vez sea este el castigo que Dios me envía.

El propietario del restaurante, se sintió conmovido por el dolor de aquel pobre viejo y le echó el brazo por la espalda, mientras le decía:

—No hay que apurarse, buen hombre. Todos tenemos una espina en el corazón y justo es que los que sufrimos nos unamos para ser más fuertes contra el dolor. Yo también tengo mi historia, pero no es del caso recordarla ahora. Por lo pronto aquí tendrá usted casa segura y un

pedazo de pan. El trabajo no es mucho y puede usted llevarlo.

Otra vez volvía a ser Guillermo lo que empezó siendo al principio de su vida. Nuevamente el mandil de camareiro se entoscó a su cuerpo y aquello le pareció una continuación de sus años jóvenes. Al poco tiempo de estar en el restaurante se sintió más animoso, más optimista; pero así y todo, en los instantes que quedaba solo en su habitación las imágenes de sus hijos se levantaban hacia él, removiendo todos sus recuerdos y haciéndole llorar amargamente.

En casa de María la alegría había vuelto otra vez a los corazones. Aquellos tres seres habían llegado a comprenderse de tal manera que diríase que la dicha más grande de la tierra se cobijaba en la humilde morada de Otto.

Tom había terminado por conformarse con su nuevo estado y encontraba en la solicitud de su hermana y cuñado un lenitivo para su dolor.

—¡Qué hubiera sido de mí, sin vosotros!—exclamaba a veces el muchacho estrechando las manos de su hermana y de su marido.

—¡Bah, lo que es ahora!—respondió Otto sin darle importancia a sus palabras—. ¿Acaso no hubieras hecho tú lo mismo?

—No sé—exclamaba con toda la sinceridad de que era capaz—. Para hacer todo esto se necesita tener un corazón tan bondadoso como el vuestro y yo creo que antes no la tenía.

—No digas eso—le regañaba cariñosamente su her-



mana—. Todo lo que hacías, lo hacías sin darte cuenta. Eras un niño mimado y no te preocupabas más que de ti, pero si hubiera llegado el caso también lo habrías hecho como nosotros.

Una tarde, salieron de paseo y fueron a llevar al pequeño a un parque de recreo, donde los columpios, los caballitos y monigotes, hacían las delicias de la gente pequeña. María y su marido reían alegremente llevando al pequeño de un lado para otro hasta que el chiquillo en su media lengua les dijo:

—Yo quiero subir a uno de estos caballos.

—Bueno—le dijo su padre—. Llevaremos a Tom a una mesa para que nos espere.

Y tomando de una mano al pobre ciego lo condujeron a una mesa algo apartada del bullicio. Con gran cariño lo sentó su hermana en la silla y su cuñado le dijo:

—Espéranos aquí, que en seguida volvemos. Mientras tanto pide al camarero un vaso de leche para el niño y tres cafés con leche para nosotros.

—Adiós tito—exclamó el chiquillo, al separarse.

Tom sonrió satisfecho del cariño que el pequeño le demostraba, y le dijo:

—¡Que corras mucho en el caballo! Dile a tu padre que elija el mejor.

—Yo quiero uno blanco—exclamó el chiquillo.

—Bueno—cortó la madre—. Tú escogerás el que más te guste, pero anda, antes que se haga más tarde para merendar.

El chiquillo siguió alegremente a sus padres, mientras que Tom, sentado en la mesa aguardaba su regreso.

El Destino se complacía en poner nuevamente frente a frente a los hijos y al padre. La casualidad había hecho que el restaurante donde fuera a sentarse Tom, fuera precisamente el en que Guillermo actuaba de camarero. Este, sin darse cuenta que tenía tan cerca de él a sus seres más queridos, iba de una mesa a otra sirviendo, hasta que, finalmente, llegó a donde estaba Tom. Su primer impulso fué arrojarle en sus brazos, mas la orden del abogado lo contuvo y quedó frente a Tom en muda contemplación. La ceguera de su hijo era un nuevo dolor para él, al pensar que todo aquel mal lo había causado con su sed de riqueza. Finalmente fué recogiendo los vasos que había sobre la mesa y Tom al sentir el ruido, supuso que sería el camarero y le dijo:

—Haga el favor de traer tres cafés con leche y un vaso grande de leche.

Spengler no tuvo fuerzas para contestar, pero su corazón de padre sintió el deseo de cerciorarse de si sus hijos lo habían olvidado por completo.

Llegó al interior del restaurante y sobre una bandeja colocó varios panecillos, la manteca y la mermelada. Iba a hacerle una de las muchas meriendas que él mismo le había preparado cuando Tom era un niño todavía.

Se sentó luego al lado de su hijo, sin dirigirle la palabra. Tomó un panecillo, le quitó la miga y llenó el hueco con manteca y mermelada. Una vez hecha esta operación se lo puso en la mano y Tom apenas probó un bocado,

dejó inmediatamente la merienda y buscó ansiosamente al que se la había preparado, gritando:

—¡Camarero!... ¡Dígame quién ha preparado esto!... No me cabe duda que es mi padre, mi padre a quien, por fin, he encontrado...

—¡Sí, Tom!—exclamó Guillermo, no pudiéndose contener por más tiempo—. ¡Soy yo, tu padre, que no te ha olvidado ni un solo día!

Y fuertemente abrazados los dos permanecieron durante largo tiempo, hasta que Tom le dijo:

—¡Cuánto habrás sufrido!... ¿verdad, padre mío?

—No lo creas—exclamó Spengler, que no quería enturbiar la dicha de aquel momento con la menor nube de tristeza—. Mi única ilusión es la de volver a verte... Ahora ya puedo morir tranquilo.

—¡Qué alegría tendrá María cuando lo sepa!—le dijo Tom—. ¡Si vieras las veces que hablamos de ti!...

—¿También María?—preguntó el padre casi llorando.

—Ella te quiere mucho—le respondió Tom—. Muchas veces quiso ir a verte, pero Otto no la dejó. El fue quien te sacó de la cárcel, quien te ofreció el dinero y siempre ha estado vigilando tus pasos, pero tenía miedo de que María pudiera contagiarse con la vida que llevábamos y por eso se lo prohibió.

—Lleva razón Otto—exclamó tristemente Spengler—. Yo no debo interponerme en el camino de María. Le hice mucho daño y no tengo derecho a robarle la felicidad de que ahora disfruta.

—No digas eso, papá—protestó Tom—. Otto es muy bueno, él te quiere, lo mismo que María...

—Por eso mismo yo debo apartarme de vuestro lado—terminó diciendo Spengler.

Padre e hijo se hallaban tan entusiasmados en aquella conversación que no se dieron cuenta que habían llegado a la mesa María y su marido.

La primera intención de ésta fué arrojarse a los brazos de su padre, mas se contuvo ante la mirada de Otto. Guillermo comprendió la difícil situación y sin decir palabra fué a levantarse. Pero pudo más en la joven su cariño de hija, que su temor de esposa y sin poderse ya contener corrió a su padre gritando:

—¡Papá!... ¿Por qué te vas sin darme un abrazo?

—¡Hija mía!—exclamó a su vez Guillermo estrechando contra su pecho a su hija—. ¡Qué feliz soy hoy!... ¡El cielo me ha concedido la mayor fortuna que podía desear: el poderos abrazar antes de morirme!

Era tan sincero el acento de Guillermo que Otto se sintió conmovido y se acercó a él ofreciéndole la mano, a la vez que le decía:

—¿Quiere usted sentarse con nosotros?

—¿Tú lo quieres, Otto?—le preguntó tímidamente Guillermo.

—Se lo ruego—le respondió su yerno—. Demasiado cara ha pagado usted ya su culpa. Desde hoy vivirá usted con nosotros, sin que se hable más de lo pasado.

—¿Es decir que me perdona?—inquirió ansiosamente el anciano.



—Yo no tengo nada que perdonarle. Son sus hijos los que tenían que hacerlo. Ellos le han perdonado y es suficiente.

Guillermo hizo intención de besarle las manos, pero Otto la retiró prontamente ofreciéndole los brazos.

El pequeñín se había sentado sobre las rodillas de Tom y jugaba con él a la vez que le preguntaba:

—¿Quién es este señor?

—Este señor es el abuelito. Anda vos a darle un beso.

Fué el chiquillo hasta donde estaba el anciano y le preguntó, con esa curiosidad tan innata en las criaturitas:

—¿Es verdad lo que me ha dicho tito?

—¿Qué es lo que te ha dicho?—respondió Guillermo.

—Que tú eres mi abuelito.

—Sí, hijo mío. Yo lo soy y te querré tanto como Tom.

—¿Entonces me traerás juguetes y jugarás conmigo?—volvió a preguntarle el niño.

—Sí, seremos dos amiguitos. La vida acaba siempre por donde empieza...

—Entonces te regalo un poco de dulce—exclamó el chiquillo, dándole el que traía en la mano.

El abuelo hacía como que comía y lo estrechó contra su pecho, besándolo.

María miraba al grupo que formaba el abuelo y el nieto y le dijo a su marido:

—¿No estás alegre, Otto?



—¿Cómo no quieres que lo esté, si sé que este es el momento más dichoso de tu vida?—respondió Otto.

La noche iba cayendo, cuando se presentó el dueño del restaurante, que al ver a Guillermo sentado en aquella reunión le preguntó:

—¿Amigos, Spengler?

—No—exclamó alegremente Guillermo, poniendo en las palabras toda la alegría que lo embargaba—. Son mis hijos, mis hijos, que quieren llevarme con ellos.

El propietario no quiso permanecer más tiempo allí, comprendió que estorbaba y con el achaque del trabajo dejó a la familia sola.

Poco después aquellos seres que el Destino había separado tantas veces, caminaban juntos hacia el hogar que había de cobijarlos. Hacia aquel nido de paz que el amor había edificado y Guillermo, jugando con su nieto, le preguntó:

—¿Tú qué quieres ser?... ¿Camarero?

—¡Mi hijo camarero!—exclamó su padre—. ¡Eso nunca!... ¡Mi hijo será Presidente de los Estados Unidos, o por lo menos ingeniero!

Guillermo se lo quedó mirando y recordó que aquellas mismas palabras eran las que él había dicho cuando nació Tom. También él creyó que su hijo sería una de las lumbreras que más brillarían en el mundo. Se abstuvo, no obstante, de decir nada y solamente un pensamiento filosófico le hizo exclamar:

—¿Quién puede hablar del mañana?... ¡La vida es un círculo sin fin que los mortales recorremos sin cesar!

Y estrechó fuertemente a su nietecito entre sus brazos, como si lo quisiera proteger de aquel fantasma negro, que lo indujo a él a buscar la desgracia de su Tom. La vida le había enseñado ya demasiado, pero, desgraciadamente, estas enseñanzas no servían para los jóvenes. Era preciso recortar el calvario, como él lo había andado para dar cuenta del pecado que cometían los padres, queriendo educar a sus hijos sobre un nivel mucho mayor que el que les correspondía... En aquel caso los consejos no servían de nada, nadie experimentaba en los ejemplos ajenos y tenía que ser la misma vida, con sus desencuentros la que abriese los ojos, de los que como él había estado cegado por un exceso de cariño paternal.

FIN

LA DIRECCIÓN ARTÍSTICA Y  
GRABADOS DE LAS PORTADAS A  
CARGO DE LA IMPORTANTE CASA

BADAL Y CAMATS



**UNA peseta**